

CHERISE SINCLAIR

Simon dice: Mía

2° de la Serie Maestro de la Montaña



Loose Id

# DOMS *of* DARK HAVEN

SIERRA CARTWRIGHT  
CHERISE SINCLAIR  
BELINDA MCBRIDE



# CHERISE SINCLAIR

## Simon dice: Mía

2° de la Serie Maestro de la Montaña

Dentro de la Antología "Doms of Dark Haven"

Simon Says: Mine (2010)

### ARGUMENTO:

**Rona McGregor** es mayor, inteligente, independiente... y una dulce sumisa.

Recién divorciada, quiere liberarse, decide que es hora de explorar las fantasías que ha alimentado a través de un matrimonio largo y tedioso con un hombre cuya idea de sexo escandaloso era dejar las luces encendidas. En la parte superior de su lista de fantasías está conocer Dark Haven, el club de *BDSM*<sup>1</sup>, pero ella no está preparada para el poderoso efecto de un *Dom*<sup>2</sup>.

Cuando el **Maestro Simon**, uno de los más populares en Dark Haven, toma el control y le presenta los juguetes y las sensaciones que nunca ha sentido antes, se da cuenta de que él puede cumplir cada fantasía en su lista por sí mismo.

Después de una noche de placer intenso, y a pesar de su atracción obvia, se niega a verlo de nuevo. Él tiene una manera de cambiar su forma de pensar. No es la primera *Sub*<sup>3</sup> que ha tomado en un viaje de exploración, pero está empezando a pensar que podría ser la última.

Pero ella se comprometió a no quedar atrapada en una relación de nuevo.

### SOBRE LA AUTORA:

**Cherise Sinclair** nos cuenta sobre sí misma:

“Muy bien, vayamos al grano. Acerca de mí, odio totalmente hablar de mí misma, pero para que conste, vivo en el norte de California con mi maravilloso esposo, dos adolescentes que pueden volver a ser humanos algún día, y un número variable de gatos. Un hombre dominante, dos adolescentes, los gatos, y yo... ¿pueden adivinar quién está en la parte inferior de la jerarquía?

Acerca de mis libros, escribo novelas eróticas con hombres dominantes que equilibran el deseo de controlar con su necesidad de apreciar y proteger. Estoy encantada de decir que el Maestro de la Montaña y la serie de los Maestros de las Tierras Sombrías han recibido numerosas excelentes críticas y premios de lectura recomendada”

<sup>1</sup> BDSM = **B**: Bondage, **D**: Disciplina y Dominación, **S**: Sumisión y Sadismo, **M**: Masoquismo.

<sup>2</sup> Dom = Dominante.

<sup>3</sup> Sub = Sumisa



## CAPÍTULO 01

*Alguien debería encerrarme en un psiquiátrico.*

Rona McGregor tomó un soplo del aire fresco de la noche. La visita a un club de BDSM estaba en el tercer lugar de su lista de fantasías, pero ella había decidido no seguir el orden. Sólo por esta vez. Con una sonrisa entusiasta y con el corazón palpitante, se levantó la falda-larga-hasta-los-tobillos y abrió la puerta del conocido club de San Francisco llamado Dark Haven.

Ella no había hecho nada ni remotamente tan aventurero en los últimos veinte años, pero su tiempo para la locura había llegado finalmente. Sus hijos estaban en la universidad. Ya no tenía marido, *gracias, Dios*. Había perdido peso - miró hacia abajo a su muy henchido corpiño - bueno, *algo* de peso. Pero en realidad, no se veía tan mal para una mujer acercándose a los cuarenta.

En lugar de la caverna del pecado que Rona había esperado, la pequeña entrada era deprimentemente insulsa. Un puñado de personas, también vestidas con ropa del siglo XIX, formaban una fila para darle sus entradas a la mujer detrás del mostrador. Unos minutos más tarde Rona llegó al frente.

La desenvuelta joven le sonrió.

—Hola. Bienvenida a la noche victoriana de Dark Haven. Los miembros deben registrarse aquí.

—El vestido púrpura de la recepcionista hacía juego con las rayas en las puntas de su cabello. Aparentemente había arrancado el corpiño, dejando sólo la malla rosada sobre sus pechos.

Rona reprimió una carcajada. Tal vez el lugar no era tan insulso.

Después de años como enfermera, los pechos desnudos no la perturbaban, pero nunca los había visto tan claramente exhibidos antes. —Yo no soy miembro.

—No hay problema. Oh, hey, me encanta tu traje. Notoriamente auténtico. ¿Fuiste a la Feria de Dickens en el Cow Palace hoy?

Rona asintió con la cabeza.

—Ahí es donde me enteré de la fiesta temática de esta noche. —Y le había parecido como una señal del cielo. Y allí había conseguido el atuendo perfecto.

—Puesto que no he estado en un lugar como este antes, ¿hay algo que debo saber?

—Nah. Aquí tienes un formulario de adhesión y el descargo. Complétalo y son veinte dólares para entrar y cinco más para la inscripción, y estás lista para entrar. —La recepcionista empujó una tablilla de papeles sobre el escritorio. —Si te das prisa, agarrarás al Maestro Simon dando una demostración de azotaina erótica.

—¿Al Maestro Simon?— Una mujer joven en la fila chilló. —¡Oh Dios, eso es tan caliente!

Ella agitó la mano delante de su rostro tan vigorosamente que Rona casi le ofrece el abanico de encaje adherido a su cintura. Rona completó los formularios y observó a los demás firmar. La satisfacción alivió sus nervios al ver los trajes: un vestido de noche sobre amplios aros, un vestido de tarde formal como el de ella, dos trajes de mucama con delantales. Cualquiera otra noche no habría tenido idea de qué usar para ir a un club de BDSM, pero esta noche se ajustaba perfectamente. ¿Cómo podría haberse resistido?

Entonces se dio cuenta que una señora llevaba sólo una enagua. Otra mujer se quitó el abrigo, revelando un prístino delantal blanco... y nada más. Una pequeña insinuación de malestar se retorció en el estómago de Rona. Le dio a la recepcionista el papeleo y le preguntó:



—¿Tengo demasiada ropa?

—Por supuesto que no. —La chica tomó el dinero y le entregó una tarjeta de membresía.

—Las Domes van vestidas en gran parte, y muchas de las subs comienzan a quitarse la ropa. Lo hace más interesante cuando tienes que desvestirte, ¿no?

¿Desvestirme? ¿En un bar? ¿Yo? Ella había previsto sólo mirar. El pensamiento de realmente participar le envió un escalofrío de excitación por su columna vertebral. —Bien.

Rona metió la tarjeta en su bolso, se alisó el vestido, luego abrió la puerta del santuario y entró al siglo XIX. Su sobresaltado aliento captó perfumes, cuero, sudor y sexo. Mientras el apasionado sonido del Concierto para Piano en La Menor de Grieg la rodeaba, se movió por la habitación poco iluminada llena de hombres con levita y mujeres con vestidos acampanados. *Qué divertido.*

Caminó hacia adelante lentamente, tratando de no mirar como una estúpida. Las mesas y sillas de madera oscura cubrían el centro de la enorme sala. Una pequeña pista de baile tomaba una esquina en el extremo posterior, una barra de metal brillante, con dos barmans detrás de ella ocupaba el otro extremo. Todo bastante normal. ¿Dónde habían escondido las cosas pervertidas que sus novelas de romance erótico habían prometido?

Entonces pasó un hombre vestido con nada más que un aterrador arnés atado a su pene y testículos. Rona se quedó con la boca abierta. *Crom*<sup>4</sup>, ella casi podía sentir su inexistente equipo masculino encogerse con horror.

Sacudiendo la cabeza, se dirigió hacia la barra, entonces notó que las paredes a la derecha y a la izquierda sostenían un pequeño escenario.

Una plataforma estaba vacía. En la otra... Rona dio un involuntario paso hacia atrás, tropezó con alguien, y murmuró una disculpa, sin apartar la vista del escenario donde... *seguramente esto era ilegal*...un hombre estaba azotando a una mujer encadenada a un poste.

*BDSM. ¿Recuerdas, Rona?* Ella había leído acerca de látigos y cadenas y esas cosas, pero... ¿verlas? *Whoa.*

Presionó una mano sobre su acelerado corazón y reprimió el impulso de ir y arrebatarse el látigo de él. Como si ella pudiera de todos modos. Parado tenía un buen metro ochenta de alto para un hombre maduro de sólida construcción, tenía la sensación de que si alguien fuera a darle un puñetazo, él simplemente lo amortiguaría. En consonancia con el tema de la noche, llevaba un chaleco de seda verde sobre una blanca camisa tradicional. Las mangas enrolladas mostraban musculosos antebrazos.

Por el contrario, su víctima estaba completamente desnuda, su piel morena brillaba con un intenso rojo oscuro por los efectos del látigo... No, esto se llamaba flogger, ¿verdad? Las múltiples tiras acariciaban su espalda tan uniformemente que Rona podía nivelar su respiración al ritmo. Hipnotizada, se acercó, abriéndose camino a través de las mesas y sillas esparcidas alrededor del escenario, y eligió una mesa cerca de la parte delantera.

*Azotaina.* La palabra sonaba brutal, pero esto... esto era casi hermoso. El hombre abrió el flogger formando un ocho, golpeando un lado de la mujer, luego el otro. Rona se inclinó hacia delante, ubicando los codos sobre la mesa. Él nunca golpeaba sobre la columna vertebral o los

---

<sup>4</sup> Crom: se lo menciona frecuentemente en la película de Conan el Bárbaro. Es un dios tenebroso y salvaje y es inútil invocarlo, pues odia a los débiles. En multitud de ocasiones, Conan murmura *Crom* como un juramento o una expresión de sorpresa.





costados de la morena, obviamente evitando sus riñones con una habilidad terriblemente impresionante.

Redujo la velocidad y se detuvo un momento antes de rozar los hilos sobre la espalda y las piernas de la mujer. La mujer estaba de frente a la audiencia, y Rona le podía ver la cara enrojecida y los ojos vidriosos. Ella estaba jadeando por el dolor o... el trasero de la víctima estaba inclinado hacia afuera, zarandeándose de una manera que implicaba excitación, no dolor.

#### *Excitación.*

Una sonrisa brilló sobre el rostro bronceado del hombre. Acariciaba la parte interna de los muslos de la mujer con las hebras de cuero, arriba y abajo, cada vez acercándose más a la V entre sus piernas. Ella gimió y se contoneó.

Rona inhaló lentamente, tratando de amortiguar la excitación crepitando por sus venas.

El hombre comenzó la flagelación de nuevo, por la parte baja de la espalda de la mujer, el trasero y los muslos. Repentinamente, alteró el patrón y golpeó despacio las tiras entre sus piernas, directamente sobre su coño. La mujer se quedó sin aliento.

Lo mismo hizo Rona. Había estado tan inmersa que sintió como si el látigo la hubiese golpeado a ella... allí.

Su interior se fundió en un charco de calor líquido. La recepcionista le había informado correctamente... se trataba de una flagelación *erótica. Menos mal.*

La música cambió, comenzando el final dramático del movimiento, e incluso las conversaciones murmuradas se apagaron. Rona casi podía oler la excitación en la sala, y sus manos formaron puños. *Tan violento... tan excitante.*

Él estaba azotando los muslos de la mujer ahora, los golpes moviéndose gradualmente hacia arriba, aún más duros que antes. Y otra vez golpeó los hilos ligeramente entre sus piernas.

El chillido de la mujer se convirtió en un bajo gemido. Luego su espalda, debajo de sus muslos, y hacia arriba lentamente. La tercera vez que le pegó a su coño, la mujer gritó y llegó a su clímax, retorciéndose en sus cadenas.

Un hilo de sudor corrió por el hueco de la base de la columna vertebral de Rona, y su respiración entrecortada luchaba contra el apretado corsé. ¿Cómo podría algo como esto... unos latigazos... ponerla tan caliente?

La multitud aplaudía mientras el hombre liberaba a su víctima. Aunque *víctima* no podía ser la palabra correcta, no con esa expresión de satisfacción en su rostro. Rona parpadeó sorprendida cuando un hombre joven saltó al escenario y tomó a la mujer en sus brazos. Después de un beso muy cargado de lengua, la pareja se detuvo el tiempo suficiente para que los dos hombres se dieran la mano y para que la mujer besase la parte de atrás del mango del flogger.

¿Él había azotado a una mujer que no era suya?

Rona tragó duro. Su fantasía de un amante amarrándola, tal vez incluso azotándola, parecía pálida al lado de la realidad de lo que acababa de ocurrir.

A través de la sala, un hombre y una mujer comenzaron a preparar el equipo sobre la plataforma vacía. A medida que la música cambiaba a Nine Inch Nails, la multitud se dividió: algunos al otro escenario, algunos a la pista de baile. Quedándose solo, el hombre que había hecho la flagelación limpió el puesto y colocó su arma dentro de una bolsa de cuero. Sopesando la bolsa por encima del hombro, bajó los escalones del escenario y fue detenido por un pequeño grupo... Rona resopló... ¿de admiradoras? ¿Los BDSM's tenían admiradoras?



Sacudiendo la cabeza con desconcierto, se dio la vuelta para buscar una camarera. Tal vez debería añadir "Probar a un caliente Dom" a su lista. Ella sonrió. Su ex siempre se había burlado de sus planes de cinco-años para lograr sus metas, como si la desorganización fuera mejor. Habría tenido insuficiencia cardíaca si hubiera visto su lista de fantasías.

Ninguna camarera a la vista. Volvió su atención hacia el escenario y suspiró por la decepción. Vacío, al igual que muchas de las sillas a su alrededor. La mayoría de las personas se habían trasladado al otro lado.

Un *golpe* le llamó la atención en la mesa junto a la de ella, y jadeó como una idiota. El hombre del escenario estaba parado allí con la bolsa de cuero a sus pies. Sobre la mesa había una levita negra y gemelos pasados de moda que él debería haberse quitado antes de iniciar su demostración.

Lo observó mientras se bajaba las mangas de su camisa. Sus ojos oscuros parecían casi negros, y su cara muy bronceada era delgada y dura. Con líneas de dolor y risa alrededor de su boca y ojos, y el plateado brillando en su cabello negro bien recortado, debería estar alrededor de los cuarenta. Y cuando se movió los músculos ondularon y estiraron los hombros de su camisa blanca.

No era grande, pero sí mayor que ella. Sin embargo, ella ni siquiera consideró coquetear. No con este. Era demasiado... demasiado intimidante. No como un joven entusiasta modelo de ropa interior, todo magnífico y espléndido, sino de una manera mucho-más-peligrosa.

*Oh, por supuesto que es peligroso... él tiene un flogger, y sabe cómo usarlo.*

Toda su minúscula experiencia con el BDSM venía de la lectura de novelas eróticas.

Siempre había querido intentar algunas cosas, pero Mark se había reído de ella y se negó a hacer cualquier cosa para animar su vida sexual. No es que incluso hubieran tenido una vida sexual en los últimos años.

Sus horizontes se habían ampliado definitivamente desde el divorcio, pero no lo suficiente para que ella salte dentro de las cosas seriamente retorcidas. Ella había planeado simplemente mirar y anotar algunas ideas para agregar a su lista de fantasías, pero ciertamente no hacerle un pase a un muy, muy experimentado practicante de BDSM.

No importa cómo de magnífico luciera.

*No babeas.* Ella intentó inclinarse hacia atrás casualmente, pero encorvada en un corsé era imposible. Frustrada, volvió su mirada hacia el otro escenario, donde una mujer vestida como una maestra de escuela envolvía cuerdas alrededor de un hombre joven que vestía únicamente pantalones. Rona consiguió mantener su atención allí por, oh, un buen minuto, antes de regresar al hombre.

Ella frunció el ceño. Él estaba tratando de conseguir abrochar un gemelo en su camisa y fallaba miserablemente. Por alguna razón, los dedos de su mano izquierda no se doblaban. Su gruñido frustrado cambió la imagen en su mente de un pedazo-de-hombre a alguien que la necesitaba.

Ella se acercó, le quitó la mano a un lado, y rápidamente enlazó de gemelo de plata.

—Listo. —Con una sonrisa, le dio unas palmaditas en el brazo para reconfortarlo. —Ahora.

Ella miró hacia sus intensos y poderosos ojos, y cada célula de su cuerpo se disolvió. Él la inmovilizó con esos ojos oscuros, estudiándola como si pudiera ver a través de su alma.

Se acercó, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Cuando ella contuvo el aliento, los labios de él se curvaron en una leve sonrisa.



—Ni siquiera pensaste antes de venir a mi rescate, ¿verdad?, —Preguntó, y su voz era tan profunda y suave como todo lo demás en él.

Debería disculparse.

—Yo-yo...

—Cállate.

Su garganta simplemente se cerró por completo, y las líneas de la risa alrededor de los ojos de él se arrugaron ligeramente.

—Sumisa, —murmuró. —Pero ninguna sumisa alejaría las manos de un Maestro y tomaría el control. ¿Eres nueva?

No esperó una respuesta, sino que pasó un dedo hacia abajo de su mejilla, su cuello, a través de la parte superior de sus sobresalientes pechos.

Su toque quemó a través de ella, dejándole una dolorosa necesidad. El temblor dentro de su estómago se exteriorizó hasta que sus piernas se tambalearon.

—Por favor, —susurró.

Él inclinó la cabeza.

—¿Por favor, qué, mascota?

—Por favor, no te burles de mí. —Sintiéndose como una idiota, una muy confundida y excitada idiota, bajó la mirada y trató de dar un paso atrás.

Su mano se cerró alrededor de la parte superior del brazo, con la suficiente firmeza como para hacerle saber que ella no iba a ir a ninguna parte.

—Mírame. —Un dedo debajo de su barbilla le levantó el rostro. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa. —Muy nueva, ya veo.

—Sí. —Su siguiente esfuerzo para moverse hacia atrás encontró el mismo resultado, nada.

—Una sumisa no tiene por qué llamar a cualquier Dom que no sea el suyo propio “Señor”, pero si se acerca a un Dom por su cuenta y luego reacciona de esta manera —su dedo dejó su mentón para acariciar sobre sus labios temblorosos, —entonces debe dirigirse a ese Dom como “Señor”.

Plenamente consciente de la calidez de su dedo aún sobre los labios, se sintió como si se estuviera ahogando en el aire derretido.

Él hizo una pausa y luego la instruyó:

—Di: “Sí, señor”.

Oh.

—Sí, señor. —Ella había usado la frase antes, bromeando con los médicos del hospital, sarcásticamente con idiotas, pero ahora reverberaba a través de ella como el sonido de un bombo.

—Muy bien.

Una mujer vestida sólo con un corsé, medias de red y zapatos de tacón alto de repente se dejó caer de rodillas junto a la mesa.

—Maestro Simon. ¿Puedo servirle de alguna manera?

Él dio la vuelta.

Liberada de su mirada, Rona trató de retirarse, pero su mano, dura y despiadada la apretó. La sensación de ser controlada inundó sus sentidos.



Su corazón estaba acelerado como si hubiera recibido una inyección de adrenalina, pero con su atención desviada, se las arregló para tomar una estabilizadora respiración. *Soy una mujer madura, una administradora, inteligente y profesional. ¿Por qué me siento como un ratón acorralado?* Y esto la encendió como si alguien hubiera abierto un grifo de hormonas.

Ella miró a la mujer de rodillas e hizo una mueca. No sólo estaba dispuesta a darle al Maestro Simon cualquier cosa que él quisiera, sino que también era rubia, esbelta, hermosa. Y joven.

Rona no era nada de eso. *Escapa. Definitivamente momento de escapar.*

—Gracias, no, —le dijo Simon a la sub de rodillas, sacudiéndola de manera cortés pero firme. Otra joven. Él sofocó un suspiro. Las entusiastas jóvenes parecían demasiado subdesarrolladas. Él prefería *mujeres*, sin embargo, las interesantes subs mayores por lo general estaban comprometidas, o tenían problemas emocionales. No había conocido a una sumisa bien equilibrada en mucho tiempo.

*Estoy solo.* Divorciado desde hacía varios años, su hijo en la universidad, su casa vacía, recientemente había tomado consciencia de lo mucho que le gustaría tener a alguien para abrazar en la noche, con quien hablar por las tardecitas, para compartir todo, desde un nuevo postre a los logros y fracasos del día. Podía encontrar un cuerpo dispuesto demasiado fácilmente, pero no un corazón abierto, una mente interesante, y un espíritu independiente.

Pero esta... Simon volvió su atención a la sumisa que se había atrevido a ayudarlo sin pedir permiso. No era una jovencita, probablemente atravesando la treintena. Su rostro tenía líneas que decían que había conocido la tristeza. Que había reído. Sus pechos, empujando alto y tensos, tenían las estrías plateadas que demostraban que algún bebé había sido sostenido contra su corazón y alimentado. Por la forma en que enérgicamente había alejado sus manos del gemelo, ella estaba acostumbrada a estar a cargo. Por la derretida mirada en sus ojos cuando él la había tocado, ella era sumisa.

*Muy atractiva.* Y extrañamente familiar. ¿Había visitado el club antes?

Pero ella seguía tratando de irse. *¿Por qué?* Por supuesto, un Dom podría poner nerviosa a una sub inexperta, pero ella definitivamente había mostrado su interés antes... antes de la interrupción. Sus ojos se estrecharon. La sub arrodillada había sido joven y bonita. ¿Ésta segura mujer estaba insegura de su aspecto?

Ella tiró de su brazo otra vez y realmente le frunció el ceño.

—No creo que hayamos terminado nuestra conversación, —dijo Simon.

Su mirada se levantó. En la barra oscura, sus ojos parecían azules o verdes. Su cabello, un color entreverado entre rubio y castaño, estaba recogido en un feo moño victoriano. Esa sería la primera cosa que él arreglaría.

Le tendió su mano libre. —Mi nombre es Simon.

Tan cautelosa como un gato arriba de un árbol, ella se las arregló para decir cortésmente: —Es un placer conocerte, Simon.

Esa amable, baja voz se profundizaría después de que se corriera un par de veces. Sus dedos se cerraron sobre los de ella, y mantuvo su otra mano envuelta alrededor de su brazo. Ahora la tenía seguramente atrapada, y el conocimiento apareció en sus ojos. Su respiración se aceleró, chasqueó la lengua sobre sus labios, y se tambaleó, casi imperceptiblemente, hacia él. Sí, la sensación de estar controlada la excitaba.

Ahora, ¿no luciría encantadora con cuerdas?





—¿Y tú eres...? —Él preguntó.

—Rona.

—¿Escocesa? Sí, te sienta bien. —Miró hacia abajo a sus ojos, disfrutando del ligero temblor de sus dedos sobre los suyos. —¿Es esta tu primera vez en un club de BDSM, Rona?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo llevas aquí?

—Ni siquiera una hora.

*Ni siquiera.* La expresión implícita lo desequilibró. Y él definitivamente la había empujado, seguía empujando, eso no era apropiado u honorable para hacerle a una dulce novata. Cuando abrió sus manos y la soltó, el sentimiento de pérdida lo sorprendió. *Quiero quedarme con ella.*

Pero las elecciones, siempre le pertenecían a la parte sumisa... a menos que y hasta que ella le cediera libremente esas opciones a él.

—¿Quieres un guía, o prefieres explorar por tu cuenta?

Ella dudó.

—Um. Bueno...

Ella no quería un guía. A pesar de su obvia atracción hacia él, ella prefería observar el lugar por su cuenta. Él casi se rió de su propio disgusto. ¿Estaba demasiado acostumbrado a la adulación, no? Esta mujer podría temblar, pero no se arrojaría a los pies de nadie, y eso sólo aumentaba su interés.

—Está bien. —Corrió un dedo por su mejilla, marcándola como suya con una indefinible forma de dominación. —Te veré más tarde, entonces.

Cuando el Maestro Simon se alejó con un paso fácil y seguro, Rona se quedó mirándolo. Él sólo la había tocado con un dedo, y su pulso se había incrementado a taquicardia grave.

Ella había leído libros sobre BDSM, pero ninguno había captado realmente el poder que una posición dominante podía ejercer. Ese caminar, esa conversación intimidatoria, había manejado con destreza sus ojos y su... su presencia entera... tan hábilmente como había utilizado ese flogger. El Señor la ayude.

Después de tomar una respiración, sacudió la cabeza, le dijo a su cuerpo que dejara de reaccionar, y se dirigió a la barra. Una botella de agua surgió de pronto.

La diversión y el agua helada funcionaron, y en unos pocos minutos, su auto-control regresó. Apoyando su espalda en la barra, miró a su alrededor.

Mucha gente, pero ningún Maestro Simon a la vista. La decepción la embargó, más fría que el agua helada. Y qué estupidez estar decepcionada después de haberlo rechazado. Pero había hecho lo correcto. Él era simplemente demasiado, demasiado... su botella se detuvo a medio camino de su boca... y ella se había acobardado totalmente, ¿no?

Y aquí ella había tomado todas esas resoluciones para deshacerse de su imagen de Señorita Decoro, dejando ir su pensamiento Soy-una-madre-y-una-esposa-y-no-una-mujer-sensual, sin embargo, cuando un hombre impresionante mostraba su interés, se había escapado literalmente.

Por supuesto, su plan para una vida emocionante, no había incluido salir con un tipo que disfrutaba manipulando látigos, pero aún así...



Lo haría mejor la próxima vez. Por el momento, necesitaba explorar el lugar. Aparte de las demostraciones sobre los escenarios, no había visto ninguna de las "escenas" que había leído. Pero la gente seguía desapareciendo bajando las escaleras cerca de la parte de adelante, así que tal vez las cosas divertidas sucedieran en el nivel inferior. Cogió la botella y se encaminó más allá de un grupo de personas, entre ellas una mujer de pelo negro que llevaba un corsé rosa y blanco. Rona notó las rayas de color rosa brillante en el cabello de la mujer y sonrió, recordando a la recepcionista. Emparejar el color del cabello con la ropa... no era exactamente correcto para esta época.

En la parte inferior de la escalera, se detuvo, sintiendo como si hubiera descendido literalmente al infierno. Mierda, algunas de estas personas necesitan un examen psicológico. Como la rubia dejando que un tipo le clave agujas en sus pechos. Con el más puro reflejo, Rona cruzó los brazos sobre su pecho cuando el hombre empujó otra aguja, justo a través del pezón de la mujer.

*Ahora esto estaba simplemente mal.* Tal vez debería ir al coche y traer su botiquín de primeros auxilios.

En cambio, se adentró más en la habitación. La industrial música gótica del piso de arriba se mezclaba con los sonidos de la carne golpeada, gemidos, gritos fuertes, el chasquido de un látigo, un gemido largo y tembloroso. Una serie de crujidos sonó demasiado cerca, y ella saltó, miró a su alrededor, y luego soltó una carcajada. Había apretado su botella de agua con tanta fuerza que el plástico se había arrugado. Ruidosamente.

Puso los ojos en blanco. Con suerte nadie le gritaría *jboo!*, o ella se iría directo a un paro cardíaco.

En la segunda parte del lugar, se dio cuenta que los tipos la observaban. Bien. Movié las caderas e hizo que su larga falda se bambolee. *Soy sexy.* Entonces una mujer joven pasó por delante vestida con sólo una tanga, toda piel firme y pechos altos. Correcto. *Soy tan sexy como la ropa que estoy usando.* Ella podría haber perdido algo de peso y eso mejoraba un poco las cosas, pero las cosas seguían siendo así pasando los treinta años.

Una hora o así más tarde ya conocía un infierno de mucho más sobre lo que la gente pervertida hacía para divertirse. Observar la demostración de azotaina de Simon no la había preparado para bastones o látigos negros, a pesar que nadie en el lugar estuvo acorde a su habilidad, por no hablar de cera caliente, agujas, mordazas y máscaras. Mientras un dominante aplicaba una línea de pequeñas ventosas hacia arriba de la espalda de una mujer, Rona se preguntó si las copas de cristal tocarían más puntos... íntimos.

Mentalmente lo agregó a la lista de cosas para intentar - algún día - y sólo el pensamiento envió una bala de excitación directamente a su clítoris.

Como si no estuviera lo suficientemente excitada ya. Unos pasos más allá, miró por una gran ventana dentro de una muy auténtica ambientación de mazmorra medieval. Una mujer de cabello negro estaba esposada a la pared de piedra, y un hombre en jeans abofeteaba a la pobre mujer entre las piernas, haciéndola ponerse sobre las puntas de sus dedos del pie. Un minuto más tarde, él cayó de rodillas, agarró sus nalgas, y puso la boca sobre su coño.

Rona tragó saliva y se abanicó la sobrecalentada cara mientras se alejaba. Sorprendente y erótico como el infierno.

Para el momento en que había recorrido la sala, las ballenas del corsé se sentían como dedos huesudos clavándose en sus costillas, y su ropa como si pesara unos veinte kilos.



Encontrando un sillón vacío, se desplomó sobre él. *Uy*. Las adecuadas señoras victorianas no se derrumbaban como rocas, sino que, sin duda, se hundían con gracia hasta un asiento y, por supuesto, se sentaban erguidas en lugar de inclinarse hacia atrás.

Ella habría sido una pésima dama victoriana.

Probablemente sería una pésima persona aficionada al BDSM también. De hecho, ni siquiera le gustaría practicarlo, a pesar de que observar cosas como la forma en que ese cinturón había golpeado el redondo trasero de la mujer la puso realmente... caliente.

Tal vez, mientras estuviera aquí, podría intentar un poquito, sólo un bocado, no una comida completa.

Pedirle a alguien que le ate las manos o algo así. Un escalofrío recorrió su interior ante la idea de en realidad actuar algunas de sus fantasías.

Con la boca repentinamente seca, se bebió lo último de su agua tibia. En primer lugar tendría que encontrar a un Dom. Podría observar alguna demostración. Pero las muestras – escenas - aquí parecían más personales. Más íntimas. Si Simon quisiera zurrarla, ella preferiría hacerlo aquí que en el piso de arriba.

Se ahogó con el agua. ¿Qué diablos había traído a Simon a su mente?

Bueno, ella sabía la respuesta a eso. Cualquier mujer lo desearía, con esa devastadora combinación de modales amables e implacable autoridad. Y sin pensar en su voz tan suave y profunda... como el chocolate negro Dove. La piel de gallina se erizó hacia arriba de sus brazos, y suspiró.

Desesperada, ella sólo estaba desesperada. Y el *Maestro* Simon estaba fuera de su liga.

Necesitaba a alguien menos intimidante.

Miró a su alrededor. Hmmm. No ese viejo de allá ni aquel gordo. Estudió en la otra dirección y vio a un rubio alto, tal vez en sus treinta años.

Más bien guapo. Estaba de pie con las manos detrás de su espalda, mirando una escena cercana.

Cuando miró a su alrededor, su mirada se reunió con la de Rona. Ella le sonrió. *Tú. Sí, tú. Ven aquí, cariño.*

Él parpadeó y se dirigió hacia ella.

—Hola. ¿Eres nueva aquí?

—Así es.



## CAPÍTULO 02

*Ahí estás.* Simon se detuvo al ver a la mujer que había estado buscando.

Alguien más había capturado a su presa primero y asegurado sus brazos a las cadenas que colgaban de las bajas vigas suspendidas. El Dom, uno de los más jóvenes, le había quitado el vestido y enaguas, dejándola en un corsé, camisa sin mangas y bragas.

Qué hermosa imagen. Bonitas curvas suaves y piel pálida, ojos grandes y una barbilla obstinada.

Sin embargo, para alguien tan completamente restringido, la sumisa había tomado el control de la escena.

—Lamentable, —dijo Xavier, uniéndose a él. El propietario de Dark Haven llevaba una levita como la de Simon sobre un chaleco de cachemira plateado y azul. Muy apuesto, especialmente con su pelo negro trenzado casi hasta el culo.

Simon levantó una ceja a su amigo.

—¿Conoces a la sub?

—No. Ella no ha estado aquí antes.

¿Entonces por qué le era tan familiar? Simon miró por un momento e hizo una mueca cuando Rona se rió del Dom. Es cierto que tenía una risa adorable, baja, pero el Dom había perdido totalmente el control de la escena. Por la infeliz expresión del joven, él no sabía cómo recuperarlo, si alguna vez lo había tenido. El término "*sumiso*" no significa necesariamente "pan comido".

—Le dije a David que se enrede con una sub fácil, —dijo Xavier.

—¿Es amigo tuyo?

—Tomó una de mis clases para dominantes. No es malo, sólo inexperto.

Xavier se dirigió hacia la escena, pero una camarera lo detuvo, parloteándole acerca de un problema. Él levantó una mano para detenerla, luego se volvió hacia Simon.

—Hazme un favor y rescata a David, ¿quieres? Me reuniré contigo en breve.

Simon escuchó a Rona ordenarle al Dom que busque algo en su bolsa y sonrió.

—Ella es una mandona.

Las cejas negras de Xavier se levantaron.

—Te gusta, ¿verdad? Tal vez no te deba un favor después de todo.

—No, mi amigo, yo te deberé uno. Sin embargo, dado que es nueva en el estilo de vida y en la comunidad, te agradecería una referencia. —Simon le dio una palmada en el hombro y se movió hacia donde él pudiera ser visto pero sin interferir si David optaba por ignorarlo. No es que hubiera alguna escena dinámica que destruir aquí.

David parecía confundido cuando vio a Simon, pero se acercó. La frustración había tensado sus músculos y mandíbula.

—Eres Simon, ¿no?

—Xavier me ha enviado en caso de que no quieras seguir. Conocí a la sub antes, y no me importaría trabajar con ella.

—Infierno, sí. Disfrútala. —El Dom frunció el ceño. —Xavier me advirtió acerca de no ir más allá de mi capacidad. Ahora entiendo lo que quería decir.



—Al igual que cualquier otra cosa, se necesita práctica. ¿Ella tiene algún límite rígido o peticiones?

—Nada de sangre. Nada anal. Quería jugar el resto de acuerdo al momento y eligió “Houston” como palabra de seguridad.

—¿Cómo “Houston, tenemos un problema”?<sup>5</sup>

David sonrió.

—Sí.

*Ella definitivamente tenía sentido del humor.* Simon asintió con la cabeza su reconocimiento y volvió su atención a Rona, su expectativa en aumento. Había deseado a esta mujer desde el momento en que ella lo tocó. Era totalmente ilógico, pero en la vida, como en las artes marciales, había aprendido que sus instintos rara vez se equivocaban.

Escuchó a David tomar su bolsa de juguetes y marcharse, pero no prestó atención al enfoque de la sub sobre él. La había atrapado tan hábilmente como a cualquiera de los animales que había cazado en su juventud.

Ella había estado divirtiéndose, girando y balanceándose en las cadenas como una niña, y reprimió su sonrisa.

Mirando hacia arriba, vio a su Dom marcharse.

—¡Hey! David, ¿a dónde vas? ¡Hey!

Simon dio un paso hacia delante. Lentamente.

Ella lo vio. Sus ojos se abrieron.

*Perfecto.*

*Oh dulce cielos... El Maestro Simon.* Cuando Rona lo miró fijamente, la risa se apagó en su interior, y su corazón comenzó con el molesto ritmo acelerado otra vez.

Su negra mirada vagó sobre ella, acariciándola con calor. Su vestido yacía a un lado, pero ella no se había sentido especialmente expuesta... hasta ahora.

Después de dejar su gran bolsa de cuero, el Maestro Simon se quitó la chaqueta y la tiró sobre una silla, quedándose con la camisa blanca y el chaleco. Sus movimientos sin prisas, se quitó los gemelos. Cuando los dejó caer en la mesa con un tintineo metálico, la respiración de Rona se dificultó.

Él giró, subiéndose las mangas y exponiendo sus musculosos antebrazos.

*Oh, Crom. Espera,* intentó decir, pero nada salía de su congelada garganta.

Lo intentó de nuevo.

—Espera. Tú no eres... yo no... ¿Dónde David... el otro tipo... se fue?

Sus ojos oscuros se clavaron sobre ella mientras se movía hacia delante.

<sup>5</sup> Houston, tenemos un problema es una popular pero errónea cita de una frase proferida por el astronauta Jack Swigert durante el accidentado viaje del Apolo 13, inmediatamente después de observar una luz de advertencia acompañada de un estallido. La frase real efectuada por Swigert fue: Bien, Houston, hemos tenido un problema aquí. Desde entonces la frase se ha popularizado, usándose para dar cuenta, de manera informal, del surgimiento de un problema imprevisto.





—El otro tipo es un Dom, pero tal vez tú te confundiste y pensaste que él era un sumiso. —El nivel de su tono le enviaba congelados escalofríos por la espalda. —No creo que vayas a cometer ese error conmigo.

—No pienso que...

—Muy bien. —Él cortó directamente su oración. La sensación de su callosa mano ahuecando su barbilla la silenció por completo. —Pensar es mi trabajo, no el tuyo. Tu palabra de seguridad es "Houston". Úsala si algo, mental o físicamente, se vuelve demasiado para ti.

Ella consideró gritarla y respiró.

Su mandíbula apretada le quitó esa idea instantáneamente.

—No juegues conmigo, mascota, —le dijo en voz baja.

Ella sacudió la cabeza. *Yo no. No, nunca.*

—Me gusta esa inocente mirada sumisa. —Su mirada pasó por encima de ella. —De hecho, me gusta verte en las cadenas.

Sus palabras la hicieron consciente de sus limitaciones, y un temblor de miedo se unió al calor en su vientre.

Él ahuecó su mejilla, su gran mano desconcertantemente suave. —No, no te asustes. Sólo vamos a hablar. Primero quiero que conozcas a alguien.

El Maestro Simon miró a un hombre de pie a un lado y le indicó que se acerque. También con un formal traje victoriano, el otro hombre tenía un color ligeramente más oscuro que el de Simon.

Y a medida que la atención de ellos se centraba en ella, se sentía como un ratón atrapado en un festival de felino.

—Um. ¿Hola?

Los labios del Maestro Simon se arquearon.

—Rona, este es el Maestro Xavier, el dueño de Dark Haven. Los sumisos aquí lo llaman "mi señor".

Su reacción inicial... *tienes que estar bromeando...* murió ante la falta de expresión en los oscuros y tranquilos ojos de Xavier.

—Es un placer conocerte, Rona, —dijo el maestro Xavier, su voz tranquila, pero fácilmente de escuchar sobre los innumerables ruidos.

—Encantada de conocerte. —*Me encanta conocer gente estando parada con mi ropa interior.*

—Ya que estamos inmersos en el siglo XIX, esta noche, quiero presentarte formalmente al Maestro Simon. —Parpadeó una sonrisa en los labios de Xavier. —Él es muy conocido en la comunidad BDSM, tiene una reputación impecable como Dom. Y yo lo considero mi amigo.

La deliberada añadidura de la última parte le decía que Xavier no ofrecía su amistad a la ligera.

—Um. —Ella miró hacia arriba a Simon. Una arruga apareció en su mejilla como si encontrara a su desconcierto divertido. Patearlo podría ser satisfactorio... si él no fuera el dueño de un flogger. —Gracias, Xa-uh, mi señor. Agradezco la información.

Xavier asintió y se alejó. Ninguna conversación frívola para él.

Y la dejó con el Maestro Simon. La sensación de hundimiento en su estómago no había mejorado.

—¿Disfrutaste tu recorrido, muchacha? —Le preguntó cortésmente.



*Muchacha.* Su abuelo de Glasgow la había llamado así, pero viniendo de este hombre completamente seguro, la hizo sentir divertida... joven e insegura. Y linda.

—Sí. Es un lugar interesante. —¿Él quería tener una conversación normal con ella estando aquí en las cadenas?

—¿Has probado antes el BDSM? ¿En casa, tal vez?

*Pensándolo bien... volvamos a la normalidad.* Sus manos se apoderaron de las cadenas.

—No. Nunca.

Acarició con un dedo a través de la nuca de su cuello, justo debajo de su moño. —Entonces te daré tu primera lección.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué yo? —Cada mujer que pasaba caminando cerca de este hombre dirigía miradas anhelantes a su manera. *Yo no soy joven. Ni delgada. Ni hermosa.*

—Tú, muchacha, tienes un problema de auto-imagen.

Bueno, eso podría ser un poco cierto, pero también había un espejo. No era que ella fuese fea, era que la competencia era demasiado hermosa. Y joven.

—Simon, yo...

Sus ojos se entrecerraron, y su interior se derritió como un helado en un día de sol.

—No creo que quiera que me llames Simon. No en el club o cuando estés restringida... o en mi cama.

La oleada de excitación ante la idea de estar en su cama, fue todo el camino hasta la punta de sus pies. Y él lo había hecho deliberadamente, ¿no? Ella contuvo el aliento.

*Mantén la cabeza en el juego.*

—¿Qué te gustaría?

—Puedes llamarme “Señor” o “Maestro Simon” —Él pasó los dedos por su mejilla. —Creo que a ti te permitiría simplemente “Maestro”.

*¿Maestro?* No, eso sonaba muy exagerado. Ella sacudió la cabeza.

—Oh, creo que lo harás —murmuró. —Ahora hablemos de lo que veo cuando te miro.

Oh, eso no.

—En primer lugar, no tienes... veinte o incluso treinta años. —Casi distraídamente, le quitó una de las horquillas que sostenía el moño en su lugar, ignorando su ceño fruncido, y quitó otra.

—Pero me gusta una mujer con alguna experiencia de vida, una que no esté a merced de sus emociones, y para quien una fecha olvidada o un argumento no constituya el fin del mundo.

Recordando la última crisis de su hijo Eric, cuando su nueva novia lo había dejado plantado, Rona se echó a reír.

—Ahora. Eso es hermoso, —dijo Simon. De alguna manera el calor en sus ojos se deslizó directamente dentro de su cuerpo. Él pasó una mano por la parte superior de su brazo y lo apretó suavemente. —Creo que los músculos de una mujer son hermosos, pero me gusta la suavidad en mi cama. Y debajo de mí.

Todo lo que decía enviaba una necesidad más urgente encrespándose a través de su cuerpo, y ella bajó la mirada.



—Bien. —Santo cielo, ¿cuando había llegado a ser tan incapaz de expresarse? Ella hacía posible las reuniones plenarias de médicos, por el amor de Dios. Enderezó sus hombros y le dirigió una mirada a su mismo nivel. —Me complace que tu...

—Sí. —Él le sonrió. —Sí, esto es exactamente a lo que me refiero por experiencia. No te encoges fácilmente. —Otra horquilla se deslizó fuera de su cabello. —Rona, es tu elección, pero me gustaría introducirte con cualquier elemento del BDSM que te interese.

El hombre era suave y peligroso, justo como ella había pensado. Pero, oh, tan tentador. Sus ojos bajaron a la bolsa de cuero de él llena de... cosas, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Dejarlo hacer... algo?

Sus labios se curvaron.

—Ah, ahora eso fue un sí. —Quitó la última horquilla, y su cabello rubio oscuro cayó sobre sus hombros en un lío ondulado. Metió sus horquillas en el bolsillo de su chaleco y pasó los dedos por su pelo. Cada pequeño tirón enviaba hormigueos por la espalda. —Hablaremos, y tú puedes decirme lo que te gusta.

—Uh-huh. —¿Contarle sus fantasías? No iba a pasar.

Se detuvo, y su dedo debajo del mentón le levantó la mirada a la de él.

—Rona, la primera regla en una relación de Dom-sub: compartes tus pensamientos, abierta y honestamente, sin esconder nada.

—Yo no te conozco.

—Es cierto. Pero has oído que soy de confianza. Te sientes atraída por mí. ¿Puedes confiar en mí lo suficiente como para compartir lo que encontraste interesante en el club hasta ahora? ¿Es eso mucho pedir?

Ella no se había sentido tan acorralada desde que las enfermeras habían irrumpido en su oficina con un lanzamiento de instrumentos de cirujano.

—No. Yo puedo hacer eso.

—Excelente. Teniendo en cuenta tu posición actual, obviamente, encuentras que el bondage y la escena pública son aceptables. —Puso la mano en su nuca, el pulgar curvado alrededor del lado de su cuello. Sus penetrantes ojos enfocados en su rostro. —El BDSM incluye otros placeres. Como la flagelación.

¿Cómo le había hecho a esa mujer?

La risa formó líneas al lado de su boca profundamente.

—Tu pulso se aceleró. Excelente.

—Flagelación.

Ella se acobardó. Anteriormente, ella había visto a un Dom usar un látigo largo para crear horribles rayas rojas en su víctima.

—No.

—Común y corriente, el culo al aire, azotes con las manos desnudas.

Ella tragó saliva ante la idea de estar sobre las rodillas de un hombre... del Maestro Simon.

Su lista de fantasías definitivamente necesitaba revisión.

—Um, tal vez.



—Así que todo, excepto el látigo. —Él asintió con la cabeza. —Luego está la cera caliente. —Hizo una pausa. —Perforaciones.

*¿Agujas? ¿Para divertirse? Infierno, no.* Ella trató de apartarse, y su mano se apretó en la parte posterior de su cuello con firmeza.

—Tranquila, muchacha. Yo diría que la cera es un tal vez, pero las perforaciones es un no rotundo. ¿Es eso correcto?

¿Él leía a todo el mundo tan fácilmente o sólo a ella? Asintió con la cabeza.

Sus ojos se arrugaron, y luego le rozó la boca con la suya. Sus labios se demoraron, firmes y aterciopelados, y sin ningún pensamiento por su parte, ella inclinó la cabeza hacia atrás por más.

—Eres una dulzura, —murmuró él y le tomó la cara entre las manos, sosteniéndola mientras su boca instó a la suya a abrirse. La besó despacio. Profundamente.

Minuciosamente.

Con las muñecas restringidas, ella estaba a su merced, y la comprensión envió expectativa zumbando a través de su sistema.

Él levantó la cabeza para mirarla durante un largo rato, luego sonrió y la besó de nuevo hasta que cada gota de sangre se acumuló en su mitad inferior. Su cuerpo palpitaba por más.

Él se movió una fracción de centímetro hacia atrás y le acarició la mejilla.

—¿Dónde me detuve? Ah, hay una variedad de juguetes para divertirse... como un consolador. Un vibrador. Un tapón anal.

Sólo la idea de que alguien utilice esas cosas sobre ella la hizo estremecerse.

—Tal vez.

Uno de los lados de la boca de él se curvó hacia arriba en una sonrisa.

—Eso fue más que un “tal vez”, muchacha. ¿Alguna vez has utilizado un tapón anal?

Su parte trasera se tensó, pero con las manos encadenados sobre su cabeza, no podía cubrir... nada.

—No.

—Estoy ansioso por ver tu reacción. ¿Has visto el *cupping*<sup>6</sup> antes?

Oh, ella definitivamente había visto eso.

—Sí. —Su voz salió ronca.

Él levantó una ceja.

—Interesante. ¿Y donde más crees que un Maestro puede aplicar esas tazas?

El Dom las había puesto sobre el trasero de su sub, pero ella las había imaginado en los pezones o incluso... en su clítoris. Una ola de calor rodó en su rostro, tan inevitable como el sol de verano.

Él se rió entre dientes.

—Disfrutaré de eso casi tanto como tú.

—Yo no he dicho que sí. —No lo hizo, maldita sea.

<sup>6</sup> El cupping es un antiguo método terapéutico que emplea la Medicina Tradicional China desde hace más de 3.000 años. Consiste en aplicar tazas o vasos a modo de ventosas sobre determinados puntos energéticos del cuerpo descritos por la Acupuntura.



—No tenías que hacerlo. —Él agarró la cinta de la parte superior de su camisa y la abrió. Sus pezones se fruncieron.

—¿Qué tal los juguetes electrónicos?

Demasiado consciente de la calidez de su mano justo por encima de sus pechos, ella trató de concentrarse en lo que él había preguntado.

—¿Juguetes electrónicos? —Negó con la cabeza, luego recordó que la unidad *TENS*<sup>7</sup> había utilizado un quiropráctico en su dolor de espalda. ¿Podrían esos electrodos colocarse en otro lugar? Su vagina se apretó, haciéndola consciente de lo húmeda que se había puesto.

—Oh, sí. —El brillo en sus ojos hizo que su estómago se retuerza incómodo.

Tragó saliva.

—¿Por qué tantas preguntas para una sola vez?

—Siempre hay otra vez, mascota. Una pregunta más. —Él estudió su cara mientras corría los nudillos hacia abajo de la división de su camisa ahora expuesta, y cuanto más cerca su mano llegaba a sus pechos, los pezones más se apretaban. —¿Y el sexo?

¿Sexo? Se quedó sin aliento. ¿Sexo con él? Cada célula de su cuerpo saltó a la vida, agitando pompones, y animándose. Ella bajó la mirada hacia su cintura, a... Levantó la vista hacia arriba a toda prisa. ¿En qué estaba pensando?

—Oh no. No lo creo.

—Entonces, por esta noche, utilizaré sólo mis manos. —No hizo una pregunta.

—Uh... —Ella asintió con la cabeza. Las manos parecían lo suficientemente seguro. La idea de que él la tomara, que estuviera dentro de ella... No estaba preparada para esa intimidad. No podría estar lista para esto tampoco.

—Muy bien, —dijo suavemente. —Vamos a comenzar. —Él caminó a su alrededor, y ella realmente podía sentir su mirada acariciando sobre su cuerpo apenas vestido. —Te ves hermosa en ropa interior victoriana, mascota, pero están en mi camino. —Sin pedirle permiso, le desabrochó el corsé, ganchito a ganchito, y lo arrojó sobre una mesa cercana, dejándola con la camisa y las bragas.

Para su sorpresa, corrió sus fuertes manos sobre sus costillas y luego masajéo los dolorosos surcos del corsé. Ella gimió por el alivio.

—Gracias.

Su sonrisa brilló, un momento de sol en la rigidez de su rostro.

—He oído que son incómodos. —Estirándose hacia arriba, desenganchó su muñeca derecha y le bajó el brazo.

Cuando recogió su camisa hacia arriba, se dio cuenta de que él pensaba sacársela por la cabeza, dejando sus pechos al descubierto.

Tenía un brazo aún encadenado, y su instintivo retroceso no llegó a ninguna parte.

Él arqueó las cejas.

Con el otro Dom, David, ella se había sentido a cargo. No con el Maestro Simon. Señor, ni siquiera hablaba, se limitaba a mirarla, y su desafío rezumaba a la distancia. Dejó escapar un bajo suspiro.

---

<sup>7</sup> TENS: Neuroestimulador transcutáneo electrónico.





—Buena chica, —dijo, su voz tan suave como una caricia. Después de que ella deslizara su brazo afuera de su camisa, le tendió la mano, la palma hacia arriba.

Ella no pudo moverse por un segundo. ¿Quería que él le encadenara la muñeca otra vez?

Su estómago se agitó en un terremoto interno. Y luego puso su mano en la suya.

La aprobación calentó sus ojos.

—De esto se trata la sumisión, Rona, —le dijo al tiempo que abrochaba su puño a la cadena sobre su cabeza. —Puedo doblegarte con bastante facilidad, pero eso es abuso. En dominación, el único poder que ejerzo es el que tú me das libremente.

Después de repetir el proceso con el otro brazo, tiró de la camisa sobre su cabeza, dejándola desnuda de cintura para arriba.

Cuando la frescura rozó sobre sus pechos, ella miró a su alrededor. Oh Señor, dos Doms y sus subs se habían detenido a observar. Un rubor caliente subió por su cara. ¿Qué estaba haciendo aquí, dejándose desnudar?

—Mírame, mascota.

Su mirada volvió a él, y él se la sostuvo hasta que todo lo demás se esfumó, excepto sus ojos oscuros. La estudió por un largo rato hasta que sus músculos se agarrotaron por la expectativa. Luego ahuecó un pecho con cada mano.

*Oh Crom.* El placer se precipitó a través de ella como un maremoto. Sus pezones que ya habían estado duros, ahora se apretaron hasta el dolor.

—Tienes unos pechos adorables, Rona. —Hizo una pausa y entonces frunció el ceño. —La respuesta correcta a un elogio es “gracias, señor”.

—Gracias, señor —susurró. Sus suaves pellizcos en ambos pezones la hacían querer alejarse por la vergüenza y sin embargo empujar hacia adelante por más. Y ella había creído estar húmeda antes, ahora estaba empapada.

Como si hubiera escuchado su pensamiento, él puso la bota entre sus pies descalzos y le empujó las piernas abriéndolas.

—¿Tus bragas son tradicionales?

Cuando pasó un dedo sobre su piel descubierta, justo por encima del elástico de la cintura, los músculos de su estómago se estremecieron.

—¿Tradicionales?

—¿Sin entrepierna? —Puso la mano entre sus piernas, justo encima de su coño expuesto.

Se quedó sin aliento.

Su sonrisa blanca brilló en su rostro bronceado.

—Me encanta la precisión histórica. —Pasó un dedo relajadamente a través de sus pliegues húmedos, de ida y vuelta, sin tocar nunca el lugar que latía enloquecidamente. Mientras su cabeza le daba vueltas, comenzó a arrastrar sus rodillas juntándolas y obtuvo otra de esas miradas que había empezado a reconocer.

—No te muevas, mascota, o voy a restringir tus piernas también.

Ella se congeló.



Sus muslos temblaban incontrolablemente mientras sus dedos la exploraban aún más íntimamente, rastreando sobre su clítoris, alrededor de su entrada. Cuando empujó un dedo suavemente hacia adentro, se levantó en puntas de pie, ahogando el gemido en su garganta.

—Muy hermosa, —murmuró, y oyó la aprobación en su profunda voz a través del silbido de su pulso en sus oídos. Su dedo fue más profundo dentro de ella, y la otra mano le tocó el pecho, tirando suavemente del pezón.

*Oh Crom.* Una pura y enloquecida necesidad barrió sobre ella como una avalancha. Cuando el pulgar presionó sobre el clítoris, todo retrocedió, salvo la sensación de sus manos sobre ella. Sus ojos se cerraron mientras su interior se contenía.

—No, todavía no, cariño, —dijo. Su toque se detuvo. —Te quiero sobre el borde cuando te muestre el dolor.

Sus ojos se abrieron ampliamente. *¿Dolor?*

El flogger que sacó de su bolso no parecía el mismo que había utilizado antes, pero igual... el mango cubierto de cuero, múltiples contundentes tiras de gamuza.

—¿Vas a azotarme? —Su voz temblaba.

Los ojos oscuros brillaban con diversión.

—Oh, creo que sí. —Pasó el flogger por encima de sus piernas, su estómago, y burló las suaves tiras colgantes sobre sus pechos hasta que los picos dolieron. El olor del cuero llenaba el aire mientras él lo rozaba ligeramente arriba de sus brazos y debajo de su espalda, continuando hasta que su piel se puso tan sensible que cada pequeña caricia enviaba una pulsación excitante a través de ella. El flogger le rozó el culo, y luego las tiras se voltearon a través de su trasero en el primer golpe.

Ella saltó. Pero no dolió, ni siquiera picó. En cambio los extremos se clavaron en su piel como diminutos martillos. Más toques parpadeantes se deslizaron por sus piernas y hacia el frente. Como pestañas golpeando lentamente hacia arriba de sus muslos, su corazón comenzó a latir con fuerza. Ella juntó las piernas.

—Quédate en esta posición, o encadenaré tus tobillos, mascota. —Ningún enojo, sólo una declaración.

Movió las piernas hacia afuera. Un poco. Captó la expresión de sus ojos y las abrió completamente, dejando su coño peligrosamente vulnerable a esas tiras. Un estremecimiento pasó por ella. ¿Por qué no usaba esa palabra de seguridad que él le había dado?

Pero su intensa mirada la mantuvo en su lugar. Y también lo hizo la forma en que ella se sentía... increíblemente excitada... cada nervio vivo y cantando con entusiasmo.

Se metió el mango del flogger en su cintura y se acercó.

—Estás siendo una buena chica.

Sus manos ahuecaron sus pechos, sus pulgares rodearon los pezones hasta que el flujo de electricidad fluyó directamente a su clítoris. Su expuesto clítoris. La posición abierta de sus piernas sólo rogaba por su toque. Sus caderas se inclinaron hacia adelante, y se mordió el labio, avergonzada. Ella no era así, nunca había rogado por nada. Nunca. Y sin embargo... *Por favor, tócame.*

Él movió una mano a su coño, deslizándola a través de su humedad. Cuando su dedo rastrilló sobre su clítoris, ella jadeó por la pura necesidad. Pero el dedo se alejó, reunió la humedad, y luego trazó círculos sobre su clítoris. Vueltas y vueltas.



La presión se acumuló en su interior, y todo se apretó, rogando sólo por un poquito más. Ella gimió.

—Adorable, —murmuró y se alejó. Antes de que ella pudiera gemir una protesta, el flogger la azotó otra vez, arriba y abajo de sus piernas, adelante y atrás, y luego sobre su trasero, y una picadura se unió a las entorpecidas sensaciones. No lastimando, no realmente. Sobre sus hombros ligeramente y sus caderas, los impactos eran en círculos, y cada vez, las tiras aterrizaban un poco más fuerte.

Todavía no dolía, exactamente, pero hubiese preferido tener las manos de él sobre ella.

Sus ojos se estrecharon. —Ahí está esa mente tuya, distrayéndote. Definitivamente necesitas un poco más.

Ella contuvo la respiración, esperando que él la tocara. Asombrándose de cómo sus inhibiciones habían desaparecido.

Sonriendo ligeramente, él puso el flogger al lado de su bolso y sacó un collar de cuero, tan ancho como su mano.

¿Un collar? ¿Qué tipo de "más" era esto?

Él lo ubicó alrededor de su cuello, ajustando su barbilla para que descansara en una pequeña muesca, y lo abrochó. Luego se puso de pie delante de ella, acariciando su mejilla. Esperando.

No lo había fijado demasiado ajustado, y sin embargo, cuando ella trató de moverse, se dio cuenta de que le levantaba la barbilla y le impedía mirar alrededor o hacia abajo. Un destello de pánico pasó por ella y murió ante la persistente mirada de sus ojos.

—No te abandonaré, cariño. Si cualquier cosa te molesta demasiado, utiliza tu palabra de seguridad. ¿Entendido?

Ella trató de asentir con la cabeza y no pudo.

Sus ojos se estrecharon.

—Di: "Sí, señor".

—Sí, señor.

—Bien. Ahora sólo quédate quieta mientras me divierto.

¿Qué significaba eso? Sus manos se curvaron en puños mientras él se arrodillaba. Con la barbilla levantada por el collar, no podía verlo. *Hijo de puta*. Sin embargo, la excitación en su cuerpo subió otro escalón mientras esperaba por su toque. Tenía que esperar, no podía hacer nada más.

Escuchó un murmullo, sintió las manos sobre su coño, y maldita sea, se sentía tan bien, sus manos inflexibles haciendo cualquier cosa que él quisiera. Abrochó algún tipo de arnés alrededor de sus muslos y su cintura. Bueno, eso no era tan malo, pero entonces algo empujó hacia arriba dentro de ella. Algo frío. Duro. No sus dedos.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz temblaba.

—Cualquier cosa que quiera, cariño. —Roció un líquido por su coño, húmedo y frío, y ella saltó. Sintió un pinchazo sobre su clítoris, que no manifestó. No era doloroso, pero... sí desconcertante. Unos pocos sonidos de broches y luego tiró ligeramente del arnés. —Estoy ajustando todo para que se mantenga en su lugar.

¿Qué tenía que mantenerse en su lugar? Ella palpitaba por la presión de lo que fuera que estaba en su interior y por lo que fuera que estaba sobre su clítoris. ¿Qué estaba haciendo?



Cuando se levantó, tenía un micrófono en su cuello y una caja... *¿una caja de control?...* sujeta en la cintura.

Antes de que ella descubriera lo que significaba esa combinación, él pasó sus manos firmes sobre ella, acariciando su piel, ahuecando sus pechos, haciendo que el calor creciera en ella nuevamente. Sus labios se ubicaron sobre los suyos, y tomó un largo beso. Dios, él sabía besar. Su cuerpo se relajó... y se calentó.

Él se retiró, sonriéndole a los ojos, y luego movió un interruptor en la caja.

Algo comenzó a golpear sensaciones sobre su clítoris y dentro de ella. Como diminutos martillos. Ella se sacudió, los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso?

—Te lo mostraré en un segundo. Tu único trabajo es hacerme saber si algo llega a ser incómodo. —Puso un dedo en su barbilla y le dirigió una mirada sin concesiones. —De lo contrario, no quiero oírte hablar. ¿Soy claro mascota?

Ella se puso rígida aún derretida por dentro ante su voz baja y resonante y la autoritaria mirada en sus ojos.

—Sí, señor.

A medida que los golpecitos aumentaban... de alguna manera diferente a un vibrador, más adentro que afuera... su clítoris se apretaba hasta que lo sentía como si fuera a estallar. Todo allí abajo se enroscaba, dolorido por más, y no era suficiente. Ella sofocó un gemido. Y se dio cuenta que él se había alejado unos pasos para estudiar sus reacciones.

Él asintió con la cabeza.

—Perfecto. —Y entonces su flogger le golpeó los muslos. La sensación agregada conmocionó a través de ella y zumbó directamente a su clítoris. Sus piernas se tensaron, y ella se sacudió. Él no se detuvo. Las tiras de cuero golpearon ligeramente arriba de su espalda, y cada golpe hacía que la ardiente necesidad en su coño empeorara, demasiado.

Ella cerró los ojos, inundada por las sensaciones.

Él atacó su trasero, la parte de atrás de sus muslos.

—Rona.

Con su palabra, el cosquilleo en su clítoris aumentó en fuerza y velocidad, y ella gimió incontrolablemente.

Un segundo después el golpeteo disminuyó. El flogger no lo hizo.

—Rona. Mírame.

Una vez más, las vibraciones se intensificaron durante unos segundos. Ni de cerca lo suficiente.

Y el flogger nunca se detuvo, tejiendo un hechizo sensorial a su alrededor. Arriba de sus piernas, casi tocando su coño.

*Oh Dios, sólo un poquito más.* Tenía las manos cerradas en puños, y su cuello arqueado.

—Mí-ra-me.

Una vez más, los golpecitos se fortalecieron, acelerándose, y la ardiente ola de excitación en su interior y a través de su clítoris casi la hacen llegar, pero entonces las vibraciones disminuyeron. Se obligó a abrir los ojos.

Su sonrisa brilló en aquel rostro cincelado.



—Esa es una chica.

Su espalda se arqueó cuando el salto de las sensaciones sopló a través de ella otra vez. A medida que disminuían, ella se quedó mirando el micrófono abrochado en su camisa. *Oh, Crom.* Él podía cambiar la intensidad de las vibraciones con su voz... con el control de sonido.

El flogger la golpeó más duro, cada golpe un dolor intermitente que picaba y enviaba más urgencia a través de ella hasta que cada nervio parecía tragado por la necesidad.

Pero ella no podía, no podía llegar. Ella gimió.

—Oh, por favor...

Él se rió entre dientes, y sólo esa pequeña cantidad de sonido disparó a través de ella como si hubiera pinchado su clítoris.

Sus manos se apretaron cuando sobrevoló por el borde, el dolor y el placer enrollándose juntos tan afianzadamente, que ella simplemente podría morir.

—Muy bien, cariño, —murmuró.

Oh, Dios, la tocó con sus palabras. El sudor corría por su espalda mientras se tensaba hacia el clímax que no podía alcanzar.

Y luego dijo en voz alta, oh muy alta:

—Déjanos oír tus gritos, mascota. —Las vibraciones se volvieron exquisitamente poderosas por dentro y a través de su clítoris, y su flogger azotó a través de sus pechos.

Ella explotó, ola tras ola de ardiente placer fluyendo a través de cada nervio de su cuerpo, temblando como si fuera una muñeca de trapo. Sus piernas simplemente colapsaron.

—Muy bien, —dijo, y el sonido dio inicio a más vibraciones. Cuando los intensos espasmos impactaron a través de ella, no podía moverse, no podía hacer otra cosa que sentir la repercusión de cada onda. Cuando finalmente se detuvieron, colgaba floja de las cadenas, su mente abrumada. Satisfecha. Aturdida.

Apenas lo registró a él quitándole todo, desabrochando el arnés de sus muslos, luego su collar. Demasiado pesada para mantenerse erguida, su cabeza estaba apoyada sobre el brazo encadenado.

—Sostente otro minuto, muchacha. —Él desencadenó sus muñecas y la agarró por la cintura cuando ella se hubiera ido directamente al suelo. Un segundo más tarde su cerebro penetró en el remolino de montaña rusa. Ella parpadeó con asombro... *¿él me está acarreando?...* Y vio las venas de su cuello y su dura mandíbula. Fuertes brazos la sostenían contra su pecho sólido, y el olor de su colonia sutilmente almizclada la rodeaba.

El desconcertante sentido de fragilidad se mezcló con la maravillosa sensación de ser apreciada.





## CAPÍTULO 03

¿Ahora ella no era lo mejor que había abrazado en mucho tiempo? La forma en que su cuerpo se ajustaba en contra del suyo le hizo preguntarse a Simon si las personalidades de ellos no se corresponderían igual de bien.

Lógico o no, todo dentro de él le decía que sí.

Tomó asiento en una silla de cuero cercana y la instaló cómodamente en su regazo.

Su culo suave presionaba contra su polla dolorosamente rígida, y ella obviamente lo notó.

—¿Y tú? —Murmuró. —¿Puedo...?

—No, cariño. —Le besó la parte superior de la cabeza, la calidez se filtró dentro de él, tanto por su cuerpo como por el conocimiento de que ella quería devolver, tanto como recibir. —Esta noche fue para tu placer.

Y para el de él, en cierto modo. Había disfrutado introduciéndola al BDSM más que nada de lo que había hecho en mucho tiempo. Él sonrió, recordando cómo la cautela en sus ojos había guerreado con la excitación de su cuerpo. Cuando había puesto su mano en la suya, la confianza que le había dado le había apretado el corazón.

Se frotó la barbilla en su pelo sedoso, satisfecho con su fragancia a vainilla y cítricos que creaba la sensación de un jardín en el páramo del club. Su mejilla descansaba sobre su pecho, y ella se agarró de la abertura frontal de su camisa pasada de moda como si temiera que la dejara. No era una casualidad.

Pero él no debería permitirle que estuviera demasiado cómoda. Esta mujer necesitaba que le hicieran perder el equilibrio, al menos por ahora. Así que él estrechó su agarre y pasó la mano libre sobre sus pechos desnudos, sonriendo cuando ella se sobresaltó.

—No te muevas, mascota —le advirtió.

Dulcemente sumisa, ella se calmó, a pesar que su respiración se incrementó.

Él disfrutó con la sensación de sus pechos redondos. A pesar de su reciente orgasmo, sus satinados pezones respondieron rápidamente, formando picos de color rosa oscuro. Cuando le pellizcó uno, ella se estremeció y lo miró.

Sus ojos de color turquesa estaban muy vulnerables por la repercusión de la escena y despertó a todos sus instintos de protección. Extraño. Él no había sentido esta intensidad absolutamente con nadie desde el nacimiento de su hijo. La besó suavemente, tranquilizándola, y sintió que sus músculos se relajaban.

—¿Te ha gustado tu primera experiencia con el BDSM?, —Preguntó. Él sabía la respuesta, teniendo en cuenta lo duro que se había corrido, pero los temores y las preocupaciones de una mujer no se podían descifrar en una sola noche.

—Bueno. Yo... Sí, me gustó.

Ninguna tímida respuesta de esta sub. Maldita sea, ella le gustaba.

Le acarició la mejilla, sosteniendo su mirada.

—¿Qué parte te gustó más?

Ella se puso rígida, obviamente no acostumbrada a las preguntas íntimas. Tendría que aprender mejor. Él no sólo requería eso como un Dom, sino también como un amante. Y quería conocerla



todo el camino hasta su alma. Apretó su agarre y movió la mano otra vez a sus pechos, aumentando su intimidad física para que coincidiera con la emocional.

—Respóndeme.

Su cuerpo se ablandó ante su firme requerimiento. *Sumisa*. Pero aún en silencio.

—Está bien, te ayudaré. ¿Te gustó la flagelación? —Pasó la mano por debajo de su redondo culo, donde había golpeado más duro, y apretó la sin duda dolorida carne.

Ella saltó.

—¿O los juguetes electrónicos? —Tocó su aún húmedo coño, disfrutando del aroma de su excitación.

Su cuerpo se puso rígido, y ella trató de incorporarse, pero su brazo alrededor de sus hombros la mantuvieron en su lugar. Ella no iba a ninguna parte. Él pasó los dedos hacia arriba y abajo de los labios hinchados de su coño y rozó el vulnerable pequeño clítoris.

Ella inhaló bruscamente.

¿Tenía esta respuesta con todo el mundo, o su cuerpo también reconocía la conexión entre ellos?

—¿Tengo que mostrar las opciones de nuevo?

Dos personas que pasaron caminando escucharon por casualidad y se echaron a reír.

Sus mejillas enrojecieron en un adorable rosa. Se aclaró la garganta.

—No. La cosa electrónica. Sólo que si yo hubiera sabido que querías hacer eso, yo...

—¿Nunca habrías permitido un electrodo en cualquier lugar cerca de este hermoso coño?

—Crom no.

*Crom*. Él había oído esa extraña palabra utilizada como una suave maldición alguna vez antes. ¿Dónde?

Luego sonrió lentamente cuando recordó.

—Los disturbios después del partido de fútbol.

—¿Perdón?

—El año pasado, ayudaste a mi hijo cuando se lesionó en los disturbios.

Mientras que Simon estaba luchando contra la creciente multitud para que no pisoteen a Danny, Rona había sujetado el brazo roto de su hijo y lo había revisado por otras lesiones. Su voz baja y suave había sido compasiva, y su tono pragmático, tranquilizador. Había enviado a sus dos hijos adolescentes para ayudar a Danny a ponerse de pie, así Simon podía salir del lío. Luego, seguida por sus hijos, había pasado a ayudar a otros. Danny todavía la llamaba su ángel del fútbol.

—Oh. —Ella frunció le frunció el ceño. —No te recuerdo.

—Te concentraste en mi hijo. —Se frotó la barbilla contra su pelo ondulado. Una gorra de béisbol lo había escondido esa noche, y había vestido jeans gastados y una chaqueta rotulada de la escuela secundaria. No era de extrañarse que no la haya reconocido. —¿Qué es un Crom, de todos modos?

Cuando ella lanzó una risa ronca, él sonrió. Había estado en lo cierto, su voz efectivamente se había profundizado después de que se había corrido.

—Es el dios de Conan el Bárbaro. El superhéroe que adora mi hijo y asumí que a Crom no le importaría si tomamos su nombre en vano.



—Ah. —Tan práctico como extravagante. —Bueno, mi hijo y yo te agradecemos por tu ayuda esa noche. —La besó gentilmente para agradecerle, luego continuó, provocando su boca, saboreando su dulzura, la buena disposición para disfrutar, y la deliciosa habilidad con la que pasaba la lengua sobre sus labios, alternando con suaves mordiscos.

Cuando deslizó un dedo sobre su clítoris, ella emitió el más suave de los gemidos. Tal vez ellos no habían terminado después de todo, y ahora que él conocía más sobre ella, estaría condenado si quisiera detenerse.

Suavemente apretó su clítoris entre sus dedos. Cuando ella jadeó, tomó posesión de su boca, duro y profundo, mientras deslizaba un dedo dentro de ella. Después de retirar la mano, empujó más fuerte en su interior y sintió surgir la excitación en su cuerpo.

Después de terminar el beso, le sonrió. Sus ojos se habían puestos vidriosos por la pasión, sus labios estaban rojos y húmedos. La mano que ella había envuelto detrás de su cuello se resistió a su movimiento para alejarse, mientras su coño se contraía alrededor de su dedo.

Apasionada y sensible. Inteligente, valiente y sumisa. Su encanto lo tenía agarrado de las pelotas. Él tomó una respiración lenta y constante. —Déjame limpiar la zona de la escena, y encontraremos otro lugar para jugar. —La Sala Victoriana serviría muy bien, teniendo en cuenta el tema de esta noche, y ella se vería hermosa amarrada al dosel.

Los ojos de ella se agrandaron y luego se estrecharon. Casi podía escuchar su cerebro volver a encenderse.

Rona se incorporó a una posición sentada, consternada por su comportamiento. Ella quería explorar, pero saltar directamente adentro de esta manera... ¿En qué había estado pensando?

Ella en realidad no conocía a este hombre, y él se había mantenido tocándola como si le perteneciera. Crom, su dedo todavía la llenaba, derrumbando su resistencia. Le agarró su muñeca con gruesas venas y trató de alejar su mano.

Su brazo no se movió ni un centímetro. De hecho, él deliberadamente presionó más hasta que la palma de su mano rozó su palpitante clítoris.

Un espasmo de placer envió calor elevándose a través de ella como si hubiera entrado en un sauna.

Ella aspiró una bocanada de aire, deseando nada más que decir, *Más*.

—Detente, por favor.

Su cabeza se inclinó. Sus ojos oscuros nunca habían dejado los de ella. Deslizó el dedo fuera de ella, muy lentamente, su mirada estudiándola.

Ella sintió el calor de un vergonzoso rubor. Él sabía exactamente cómo de excitada la había puesto, maldita sea.

Sus labios se curvaron, pero el brazo alrededor de ella se aflojó. Él no iba a empujarla.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio, hasta que él levantó la mano y lamió el dedo que brillaba con su humedad, catándolo, como una fina cosecha.

—Sabes tan dulce y caliente como yo pensaba que lo harías. —Sus ojos no le dejaron ninguna duda de que él se imaginaba su boca sustituyendo a su mano.

La vagina se apretó, sintiendo sólo vacío donde él había estado. Todo en ella ardía por su toque. *Tómame. No*. Sus pensamientos se zarandearon en su cabeza como un corazón con arritmia, hasta que finalmente recordó por qué tenía que irse. El segundo punto de sus objetivos "soy libre para



cambiar": por lo menos durante un año, sólo podía tener relaciones sexuales con un hombre una vez antes de pasar a un nuevo individuo. Había decidido no dejar ninguna posibilidad de ser atrapada en una rutina.

Ni siquiera con alguien así. *Especialmente con alguien así.* Se reafirmó los labios y se levantó de su regazo sobre sus pies.

Él frunció el ceño, pero se levantó por instintiva cortesía. Desafortunadamente, eso la dejó mirándolo hacia arriba. Sus hombros anchos y musculosos. Él podía doblegarla fácilmente, y maldita sea ella por desearlo. Maldito sea él por haber sido tan devastador.

—Realmente tengo que irme, —dijo con firmeza, a pesar de la revolución en su estómago. —Gracias por la demostración de BDSM, Maestro Simon. Yo... aprendí mucho.

—¿Tú ves esto como una única lección? —Entornó los ojos. —¿Me equivoqué con la impresión de que lo disfrutaste?

Considerando en cómo ella había gritado, él sabía perfectamente bien que se había corrido. Y sin embargo, sus palabras todavía la hacían sentir culpable, como si estuviera siendo grosera. —Lo disfruté. Pero...

—Continúa.

Idiota autoritario, pensó, y sin embargo cada vez que su voz tomaba ese tono de mando, ella quería voltearse y salir corriendo como el cobarde perro salchicha de su vecina. —No haré nada con nadie más de una vez.

—¿Así que, bueno o malo, cada hombre consigue sólo un disparo?

—Correcto. Esa es mi regla. —Publicada en el tablón de anuncios de su casa, al menos.

—Ya veo. —Su mano se curvó alrededor de su cuello como si ella fuera un gatito siendo arrastrado por su madre. —Rona, me gustaría verte de nuevo. Si prefieres evitar... la intimidad... del ambiente, te llevaré a cenar.

—No. Pero gracias. —Ella le hizo un firme asentimiento de cabeza y le tendió la mano, fingiendo que aún estaba vestida. —Me gustó conocerte.

Su boca se diluyó en una dura línea... pero no había estado rígida en absoluto cuando la besó. Los dedos en su cuello se apretaron, y luego la soltó.

—Fue un placer conocerte también, muchacha. —Él tomó su mano, le dio la vuelta y le rozó los labios sobre su palma, enviando un ajeteo directamente a su coño. Maldita sea, él era potente. Su mirada pasó rozando sus pezones descaradamente puntiagudos, y un lado de su boca apuntó hacia arriba. —Vamos a hablar pronto de esta regla tuya.

Podía ver que él esperaba que discutiera esa declaración, pero ella había vivido lo suficiente para conocer el beneficio de una retirada rápida. Especialmente desde que su cuerpo había comenzado una furiosa discusión con su cabeza.

Cuando retiró la mano, él la dejó ir. Le pasó un dedo por la mejilla, la mirada de sus ojos tan intensa que se sentía como si estuviera tocando su alma. Y aún así tierna.

Afectuosa.

Más sacudida por esa mirada que incluso por su excitación, se colgó su aro por encima del hombro y agarró su ropa y zapatos. Apretándose todo en su pecho desnudo, se marchó por el lugar, hacia las escaleras y los vestuarios cercanos a la parte frontal. Una vez allí, apoyó la espalda contra el frío metal de un casillero y suspiró.



¿Por qué él tenía que ser tan... tan abrumador? Cada vez que le dirigía una de esas miradas autoritarias, ella quería caer sobre sus rodillas y decirle: *Tómame. Por favor.*

¿Era ella en gran parte una mujer con voluntad débil?

*Oh, sí. Cuando se trataba de él, definitivamente sí.*

Y esa última mirada que le había dado... Sería mejor que se cite con hombres más fáciles o el primer elemento de su lista... *no involucrarse con nadie durante al menos cinco años...* no iba a durar un mes.





## CAPÍTULO 04

La lluvia torrencial de la mañana había dado paso a un cielo despejado, y ahora el sol del atardecer calentaba los hombros de Rona. Ella caminaba por el centro de la atestada avenida, esquivando a los demás que también disfrutaban de esta feria en la calle antes de Navidad.

Las letras groseras de las canciones de *Hollywood Undead*<sup>8</sup> sonaban desde un equipo de sonido portátil por la calle. Juguetes sexuales, ropa de látex, equipos de bondage... este era el lugar para hacer compras para un ser querido cuyos gustos bordearan lo retorcido. O si querías disfrutar de comprar algo para ti mismo.

Echó un vistazo a un hombre arrastrando a otro con una correa y sonrió. ¿Quién hubiera pensado que iba a encontrar estas cosas tentadoras? Su experiencia en Dark Haven dos semanas atrás le había abierto los ojos de muchas maneras.

Y complicado la vida. Ella frunció el ceño. Con la esperanza de conseguir que ese abrumador, *autoritario*, sobre-musculoso, *espléndido*, hombre, *Dom*, saliera de sus pensamientos, ella había seguido adelante con una oleada de citas. Y cada noche había sido tan emocionante como darle a un paciente un baño en la cama.

¿Bastaba sólo una pizca de BDSM para que ella quede arruinada para los individuos normales? El recuerdo de cómo los oscuros ojos del Maestro Simon la habían estudiado mientras le esposaba las muñecas envió una ráfaga de calor a través de ella como si hubiera olido un frasco de feromonas.

Por supuesto, las vistas y los sonidos a su alrededor no ayudaban. Esquivó a un hombre muy alto con un *catsuit*<sup>9</sup> y una máscara de gato, luego a un grupo de hombres encadenados con arneses y jeans. Encogiéndose de hombros acomodó su bolsa de lona a una posición cómoda sobre el hombro, observó los puestos exhibiendo portaligas, ropa en vinilo y látex, y vestuarios. Ella quería algo exótico para poder mezclarse la próxima vez que fuera a Dark Haven. ¿Tal vez un corpiño sexy?

Se detuvo en un puesto que vendía juguetes sexuales. Muchas veces había considerado conseguirse un vibrador, pero le había parecido una especie de traición hacia Mark, sin importar lo desabrida que su vida amorosa se había vuelto. Pero ahora...

Varias mujeres agrupadas alrededor del lugar disminuyeron su sensación de ser visible. ¡Mira, Rona va a comprarse un vibrador! Bordeando el frente, estudió las ofertas. ¿Por dónde empezar? Los consoladores oscilaban desde pequeños... ¿por qué iba alguien a usar algo del tamaño de un dedo?... a aterradores que se asemejaban a un hongo de metros de largo y le hacía temblar la vagina, si tal cosa fuera posible.

Entonces notó la sección de vibradores. Oh, sí. Inmediatamente a su lista de fantasías, que había crecido notablemente después de su visita al club. Pequeñas bolas para meterse adentro. Nah. Algunos del tamaño y forma de una polla real. Su dedo golpeaba ligeramente sobre sus labios. Demasiado suave. Vio uno que podía ser utilizado en ambos orificios. Su culo se contrajo ante el pensamiento, pero...

<sup>8</sup> Hollywood Undead es una banda de rap rock de Los Ángeles, California formada en el 2005. El grupo se identifica porque cada miembro tiene una máscara diferente.

<sup>9</sup> Catsuit: prenda de vestir ajustada que cubre todo el cuerpo.



Hmm... A su lado había una combinación vibrador-consolador-clítoris, y su trasero realmente se contoneó ante la idea. Comenzó a estirarse por él...

Una mano se apretó contra la parte baja de su espalda, y una voz profunda y suave le murmuró al oído:

—Yo voy a tener una impresión equivocada de ti si seguimos encontrándonos en este tipo de lugares.

Ella captó el aroma de la rica sensualidad de la colonia antes de que se diera la vuelta y mirara dentro de esos ojos oscuros que brillaban con diversión.

—Ma... Simon.

—Ah. No he sido olvidado por completo.

Cuando él rozó un dedo por su mejilla, su interior se estremeció como si el legendario sismo de San Francisco hubiera comenzado. Hermoso truco, ese. Dudaba incluso si los fantásticos vibradores en el puesto podría alcanzar tal efecto.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Algunos amigos están dando una demostración de bondage. —Miró su reloj. —Tengo un cuarto de hora libre. ¿Puedo acompañarte?

*Oh, sí.* Entonces, su cerebro entró en acción. *Oh, no.*

Él sacudió la cabeza.

—Así que confundida. —Levantando un dedo, atrajo la atención del vendedor del puesto, recogió el vibrador combinado, y le entregó algo de dinero.

Los ojos de Rona se desviaron. Un tipo no usaría algo así, ¿verdad? No.

Así que lo había comprado para una novia o...

—¿Eres casado?

Cuando él arqueó una ceja ante su pregunta contundente, ella suspiró. En el trabajo, era considerada segura y elocuente, sin embargo, en su presencia, tropezaba con su lengua con espasmos verbales.

—No, no estoy casado, muchacha. Ni en ningún tipo de relación.

¿Él no iba a hacerle esa pregunta a cambio? Su boca bajó.

¿Él no quería saber?

Sonriendo, él levantó su mano y dio golpecitos en la marca decolorada de su dedo anular donde su anillo de bodas había estado. —No necesito preguntar, muchacha. Y tú fuiste demasiado sincera en la escena conmigo como para estar comprometida.

—¿Tanto telepatía como visión de rayos X, eh?

Él se rió entre dientes.

—He sido un Dom por un buen rato. Con el tiempo aprendes a usar tus ojos.

Cuando el vendedor le entregó el cambio, un chillido se distinguió a través del ruido de la multitud. Rona se volvió.

Cerca del centro de la calle, dos hombres peleaban, un hombre con la cara roja había derribado a una señora mayor sobre sus rodillas. Mientras los "jódete" llenaban el aire, ellos trataban de golpear al otro, sin hacer caso a su víctima.



Peor que la noche del sábado en la sala de emergencias. Con un gruñido de disgusto, Rona esquivó a los hombres para llegar a la mujer. Estirando un brazo alrededor de la frágil cintura, Rona la atrajo hacia arriba y fuera de la zona de batalla. Mirando por encima del hombro para asegurarse de que la había llevado lo suficientemente lejos, Rona quedó boquiabierta.

Parado entre los dos hombres, Simon había detenido la pelea. Por un segundo.

Luego, uno de ellos maldijo y se lanzó alrededor de Simon para atacar al otro.

Sacudiendo la cabeza, Simon se arremangó su manga, dio un paso adelante y...

Rona parpadeó. Sus puños se habían movido demasiado rápido como para seguirlos, pero ahora un hombre yacía gimiendo en el suelo, los brazos alrededor de su estómago. Simon tenía al otro sobre sus rodillas, su mano agarrando del pelo al hombre. Por la forma en que el brazo del idiota se balanceaba, su hombro estaba dislocado.

Con un pequeño temblor, Rona reconoció la rigidez en la mandíbula de Simon mientras hablaba con el luchador en voz baja. Cuando dio un paso atrás, el luchador se puso en pie y huyó a través de la multitud reunida.

Simon arrastró al otro a una posición sentada. Después de decir unas pocas palabras, arrastró al hombre sobre sus pies y lo empujó hacia su camino. Aparentemente ajeno a los aplausos dispersos entre la multitud, Simon se bajó las mangas de la camisa y recuperó su compra.

Cuando se unió a Rona, su intensa mirada la examinó detalladamente, de arriba abajo, antes de volverse hacia la anciana.

—¿Está usted bien, señora?

—Lo estoy ahora. —La señora le sonrió. —Has hecho un buen trabajo allí. Gracias.

—Es un placer.

—Bueno, tengo que seguir adelante. Todavía tengo que conseguir un regalo para Henry. —La mujer se sacudió la tierra de su suéter lavanda y frunció el ceño ante el raspón en una rodilla. —Mañana es nuestro cuadragésimo aniversario, y compramos un regalo para el otro cada año. —Ella asintió con la cabeza a Simon, le dio unas palmaditas en el hombro a Rona en agradecimiento, y caminó hacia el puesto de juguetes.

Rona se quedó mirando. ¿El presente para Henry era un juguete sexual? ¿Después de cuarenta años de matrimonio?

*Maldita sea.*

Simon resopló una risa, luego envolvió un brazo alrededor de la cintura de Rona. —Vamos, muchacha.

—¿Dónde aprendiste a pelear así?

Él la condujo por la calle.

—En el ejército, luego en el circuito de artes marciales por un tiempo. Dejé cuando mi hijo llegó. —Levantó su mano izquierda, tratando de curvar los dedos, y sonrió con tristeza. —Me temo que me golpeé con bastantes objetos sólidos antes de eso.

Frunciendo el ceño, Rona le tomó la mano. Blancas cicatrices de antiguas cirugías trazaban sobre la piel, los huesos debajo se sentían ásperos e irregulares.

—Debes haberte roto todos...

Ella levantó la vista con aire de culpabilidad, soltándolo, y se llevó las manos detrás de su espalda. Mal, Rona. ¿No había aprendido ya que arrebatarse a un Dom era un no-no?



—Lo siento.

Su encendida sonrisa aligeró su rostro.

—Es cierto, una sumisa no toca sin permiso. —Cuando él le agarró la mano y pasó el pulgar sobre sus nudillos, la sugestiva caricia envió un escalofrío a través de ella. —Pero disfruto teniendo tus manos sobre mí demasiado como para objetar. Por ahora.

—¿Por ahora?

Él arrastró los dedos dentro de su cabello y le tiró la cabeza hacia atrás, obligándola a mirarlo.

—Creo que, eventualmente, voy a disfrutar reprendiéndote de la misma manera. Tu culo volviéndose de un hermoso rosado.

Antes de que pudiera hablar, le dio un fuerte beso y la liberó.

Ella lo miró, el puro calor de sus palabras había alejado cualquier respuesta sarcástica.

Sonriendo, le tomó la mano y comenzó a caminar de nuevo. —El escenario está por aquí.

—Simon. No estamos saliendo.

—Lo haremos. —Rozó el dedo pulgar sobre su labio inferior, y la carnal mirada de sus ojos le secó toda la saliva de la boca.

Ella miró hacia otro lado, concentrándose en su paseo. *No me siento atraída. En serio.* Y eso era como afirmar que Lois Lane nunca quiso realmente a Superman. Sin embargo, *recuerda las reglas uno y dos de tu lista de objetivos.* —Simon. Aprecio el trabajo que te has tomado, pero no estoy interesada en... en nada más.

Ella se estremeció ante la pensativa mirada de sus ojos. A pesar de la ruidosa multitud y los puestos de colores brillantes, toda su atención estaba ahora enfocada en ella, en ningún otro lugar, con una concentración inquietante.

—Te sientes atraída por mí, —dijo con tanta seguridad que ella miró hacia abajo para ver si llevaba un cartel que dijera TE QUIERO. —Y no estás involucrada en una relación. ¿Así que...?

Obstinado, ¿no?

—Estuve casada durante veinte años. En los últimos años, sólo nos toleramos hasta que nuestros hijos abandonaran el nido, y cuando lo hicieron, nos divorciamos. Me prometí que nunca me dejaría atrapar así de nuevo.

Él levantó una ceja.

—Estando casada... —Había sido como atravesar un oscuro pantano, incapaz de encontrar una salida. —Tengo una nueva vida. Soy libre para explorar y experimentar todo lo que me perdí. Eso incluye una variedad de hombres.

—Ah.

Obstinada, ¿no? Simon sacudió la cabeza.

Ella levantó su testarudo mentón y alargó su paso, como si pudiera evitarlo tan fácilmente. No podía. No después de la forma en que su cuerpo y su corazón habían saltado cuando la había visto entre la multitud. Dio un paso alrededor de una pareja gay con el torso desnudo que bailaba *Combichrist*<sup>10</sup> y se reunió con ella.

<sup>10</sup> Combichrist es una banda formada en 2003 por el noruego Andy LaPlegua.



Desafortunadamente, él entendía cómo escapar de una jaula podía hacer que una mujer fuera cautelosa para no ser atrapada de nuevo. Esto necesitaría alguna inteligente artimaña para seducirla a su lado.

Y él la quería a su lado. Incluso si no le prestara atención a esa inesperada conexión de antes, ella lo atraía. Había ayudado a su hijo en los disturbios y rescatado a la anciana sin histerias ni gritos, sólo compasión y practicidad. Y podría haber declarado estar involucrada con alguien, pero no lo hizo. Ella no podía compartir sus emociones libremente, pero lo que compartía era honesto. Y eso era tan inusual como atractivo.

Él la quería en su vida, quería ver si encajaban tanto como él creía.

No, no la dejaría escapar, no si la necesidad de explorar demostraba ser su única objeción. Él le sonrió, pensando en cómo se vería esposada a su cama mientras ellos... exploraban. Pero las decisiones profundamente arraigadas muy raramente cambiaban con argumentos lógicos. Así que por ahora, su plan debía ser mantenerla cerca, y a él simplemente se le ocurrió la forma perfecta de hacerlo.

Cuando se acercaron al escenario, él se detuvo.

—Rona, el próximo sábado, voy a ofrecer mi fiesta anual de Navidad para los miembros del estilo de vida. —Le tocó la mejilla y captó un rastro de esencia a cítricos y vainilla... picante y dulce, muy adecuado para ella.

—Me encantaría si vienes. Encontrarás un montón de Doms sin compromisos.

—¿En serio? ¿A pesar de que dijera que no... a verme contigo?

—A pesar de eso. —Quería ver lo que tenían en común... y cómo lucharían. Él ya sabía que sería una interesante oponente, directa e inteligente. Él podría, deliberadamente, perder algún argumento sólo para escuchar su risa ronca. Por otra parte, considerando su obvia inteligencia, ella probablemente ganaría por sí misma. Sacó una invitación de su billetera. —Dado que eres nueva, me aseguraré de que te mantengas a flote.

—Bueno. Gracias. Voy a pensarlo. —Por la llamarada de entusiasmo en sus ojos, él supo que estaba enganchada. Tendría tiempo para convencerla de que les diera a ambos la oportunidad de ser felices. Y esas suaves curvas se sentirían maravillosas debajo de él.

Sonriendo por ese pensamiento, le entregó la bolsa que contenía el vibrador conejo que había comprado. —Tengo esto para ti, muchacha.

—¿Tú qué?

—Me hubiera gustado mostrarte cómo funciona, pero ya que prefieres lo contrario, simplemente puedes pensar de mí cuando lo utilices. Esta noche. —Antes de que ella pudiera recuperarse de la sorpresa, la besó ligeramente sobre sus suaves, suaves labios y se alejó.

El atestado almuerzo en la cafetería del hospital se había reducido un poco en el momento en que Rona consiguió terminar con su teléfono y correos electrónicos. Las mesas dispersas contenían algunas enfermeras con vestimenta de quirófano, estudiantes de medicina, dos cirujanos entre casos, y algunos visitantes. Dejó la bandeja sobre la mesita y se sentó frente a su amiga.

—Odio los días miércoles.



Brenda se rió y sumergió una patata frita en salsa de tomate.

—Yo también. Y hablando de *follar*<sup>11</sup>, ¿sabías que Carlos Madigan se divorció?

—¿En serio? — Rona vertió una escasa cantidad de condimento sobre su saludable ensalada. La dieta era agotadora, pero la expectativa de desnudarse... completamente... este fin de semana resultaba más que suficiente incentivo.

—Gana bien, nuestra edad, soltero, magnífico. ¿Por qué no estás luciendo interesada?

—Él está bien, pero yo quiero... más.

Brenda frunció el ceño.

—¿*Más* como en ese bar que fuiste?

Rona se echó a reír al escuchar el tono de desaprobación.

—Uh-huh.

—¿Y cómo demonios se supone que encontrarás... más? Tienes un plan trazado, Sra. Obsesivo-compulsiva.

—Muchas gracias. Ya sabes, si no escribes lo que quieres, nunca sabrás si lo conseguiste.

—Rona empujó suavemente a un lado a la insípida-apariencia de ensalada con la excusa de buscar un tomate, y luego salpicó algunas hojas de lechuga romana. —En realidad, un hombre me invitó a una fiesta. —Ella soltó una risita. —Una fiesta *sexual*.

—Oh mi.... —La morena la apuntó con una patata frita. —¿Lo conociste en ese club?

—Sí. —El recuerdo de la voz implacable de Simon amenazando con encadenarle las piernas separadas envió calor a través de su cuerpo en una ola poderosa. Sabiendo que se había puesto colorada, Rona bajó la cabeza y picoteó de su ensalada. —Y otra vez en una feria callejera. —*Donde él me compró un vibrador. Y me dijo que pensara en él mientras que lo usaba...* Oh, ella sin duda lo hizo. El idiota había sabido que lo haría.

—¿Dos veces? ¿Y ahora una fiesta? Ooooh, esto suena bien.

—No. —Cuando el entusiasmo de verlo se avivó, Rona lo pisoteó. —No voy a ir por él. Quiero conocer a otros tipos. Involucrarme no está en mis planes.

—Así que disfrutas con él sin involucrarte. Como hace Max. —Brenda sacudió la barbilla hacia el cirujano. Él era famoso por sus asuntos con varias mujeres simultáneamente, a pesar de que había descubierto los peligros de salir con dos enfermeras a la vez.

Rona lo estudió con esperanza renovada. Eso simplemente podría funcionar.

—Tuve sexo con Simon una noche, luego con alguien más un día o dos más tarde, y así sucesivamente. De ninguna manera podría tomarme nada en serio.

—Ese es el espíritu.

Chica, esto sonaba un poco... *bastante*... promiscuo, pero compensar años perdidos no era para cobardes. Y esta noche ella revisaría la lista de reglas: *Ninguna repetición sexy a menos que salga con hombres adicionales*.

<sup>11</sup> Es un juego de palabras entre “hump day” (miércoles) y “humping” (follar, tener sexo).





## CAPÍTULO 05

El sábado a la noche, Rona caminó a través de la puerta principal abierta de la casa de tres pisos de piedra y estuco de Simon. Una multitud de invitados estaban de pie en pequeños grupos bajo una enorme lámpara de araña brillante, las risas y la conversación llenaban el hall de entrada. La fiesta había comenzado definitivamente.

—¡Feliz Navidad! —Una mujer joven en un traje de elfo con brillantes medias de red verde corrió por el oscuro suelo de madera brillante.

Ante el estridente saludo, la gente miró hacia Rona. Un segundo después, un hombre se desvinculó de un pequeño grupo y a grandes zancadas atravesó la habitación. El Maestro Simon.

Rona tomó una respiración mientras sus nervios se ponían en alerta, como si alguien hubiera llamado a un código azul debido a un ataque al corazón.

Llegando primero, el elfo sonrió a Rona. —Vamos. Te llevaré alrededor.

—Mandy, voy a mostrarle los vestuarios, —dijo el Maestro Simon cuando se detuvo detrás del elfo. Apretó el hombro de la joven. —Gracias, mascota.

El elfo lo miró hacia arriba con adoración, luego se escabulló, el pom-pom blanco de su sombrero rojo balanceándose con cada paso.

Simon la observó por un segundo, y murmuró:

—Mucha energía. —Entonces su negra mirada se volvió hacia Rona como un oscuro rayo láser, del tipo que cortaría a un villano justo por la mitad.

El corazón le dio un *golpe* violento. El hombre se había vestido con sencillez, pantalón negro y camisa blanca que resaltaba su oscuro bronceado, sin embargo, cuando una sonrisa iluminó su riguroso rostro, su sangre burbujeó en sus venas como una Coca-Cola batida.

—Rona. Me alegro de que hayas venido. —Le tendió la mano, esperando pacientemente hasta que ella extendió la suya. Sus dedos se cerraron, encerrándola en su calidez.

—Gracias por la invitación, —le dijo, cayendo de nuevo en el decoro. Ella echó un vistazo a sus invitados y frunció el ceño. A pesar que los dominantes estaban completamente vestidos con jeans o trajes o cueros, todas las sumisas estaban en trajes de elfo. Una sólo llevaba un sombrero de Papá Noel y pinzas rojas en los pezones. *Oh Crom*. El estómago de Rona se encogió mientras miraba hacia abajo su ceñido vestido negro.

Al crecer, ella no podía pagarse la ropa de moda que sus amigos llevaban, y había odiado nunca encajar. Superficial o no, sus sentimientos no habían cambiado. Dio un paso atrás. —No creo que yo...

Él se rió entre dientes.

—Relájate, mascota. Me tomé la libertad de seleccionar un traje para ti.

Un elfo se pavoneó vistiendo sólo tacones altos rojos, una tanga roja y un sombrero. Rona hizo una mueca. *¿Quiero incluso saber lo que él consiguió para mí?*

Ignorando su vacilación, él presionó una mano sobre la parte baja de su espalda y la condujo a través del hall de entrada al tocador.

—Dejé tu traje sobre el mostrador en una de las bolsas de mi compañía... busca el logotipo de Demakis Seguridad Internacional.



—Bien. —Todo arreglado. Él, obviamente, había puesto algún pensamiento para que se sienta cómoda. —Gracias.

—Creo que una expresión más entusiasta de gratitud era la finalidad. —Con un dedo, le inclinó la barbilla hacia arriba. Antes de que ella pudiera protestar, firmes labios exploraron los suyos, tentando por una respuesta. Cuando ella suspiró y se inclinó hacia él, él la tiró contra su sólido cuerpo y le dio un beso que pasó de dulce a devastadoramente posesivo.

Crom. Sus recuerdos no habían estado ni cerca de la forma en que él realmente besaba o de la facilidad con que podía controlarla. El calor se aunó en su vientre como lava fundida.

Cuando él se retiró y la estabilizó sobre sus pies, ella estaba respirando como una asmática teniendo un ataque agudo.

—Ahora ese fue un muy agradable agradecimiento, —murmuró. —Cámbiate muchacha. Luego encuéntrame en la sala de estar. Explicaré las reglas y te presentaré.

Cuando él la empujó suavemente hacia el tocador, ella frunció el ceño. *¿Reglas?*

En la sala de estar, Simon hizo las rondas, saludando a sus invitados, haciendo presentaciones. Junto con los BDSMs locales, unos cuantos amigos habían llegado de afuera de la ciudad. Ocupado o no, mantenía un ojo en el arco de la puerta, su expectativa aumentando. Vio a Rona al minuto en que entró en la habitación.

Ella se detuvo en la puerta. Sus manos frotaron la tela blanca hacia abajo en un gesto nervioso, aunque su rostro parecía sereno y seguro de sí mismo. Para venir a una fiesta por su cuenta, para probar algo tan nuevo... era una muchacha valiente.

Y se veía hermosa. Una gorra de Papá Noel de color rojo con una esponjosa bola blanca al final se ubicaba sobre su rubio cabello ondulado. La chaqueta de terciopelo rojo con manga larga, adornada con piel blanca alcanzaba sólo la parte superior de sus cremosos muslos blancos. Justo donde él quería su mano. Si ella se inclinara, todo el mundo tendría una atractiva visión del lazo color verde-menta a rayas del juego de sujetador y tanga que él había comprado.

Quería que se sienta cómoda, por lo que había elegido ropa relativamente conservadora.

Por supuesto, siendo un Dom, la había seleccionado para su propio placer también.

Las mangas anchas acomodarían los puños de las muñecas, y sólo un cinturón de cuero bien amarrado sostenía cerrado el abrigo sin botones. Pobre sub. El cinturón y las cintas podrían y serían eliminados en el transcurso de la noche. Se endureció ante la idea de revelar esas dulces curvas.

Cuando ella lo vio, sus ojos se iluminaron de una manera que hizo que su pecho se comprima.

Su cabeza podía decirle que no a involucrarse, pero al parecer sus emociones igualaban a las de él. Y él haría todo lo posible para que sus emociones ganaran.

Él encorvó un dedo, luego sonrió cuando su paso por la sala recogió miradas interesadas de los dominantes.

Uno se alejó de sus amigos. Tara le dio a Rona una larga mirada.

—Oh, es bonita. Dime que le gustan las chicas y no los chicos.

—No, —le dijo Simon a la alta Domme, sin quitar la mirada de su sub. —Ella es convencional.



Las cejas de Tara subieron. —Bien, bien. No he visto esa mirada en tus ojos en mucho tiempo... si lo hice alguna vez. —Ella le dio una palmada en el brazo en señal de aprobación antes de regresar a su grupo.

Rona se detuvo frente a Simon.

—Te ves hermosa, —le dijo y disfrutó de cómo sus mejillas se volvieron color rosa.

—Gracias. Y gracias por... por darme un traje adecuado.

—Eres muy bienvenida. —Tiró de su sedoso pelo ligeramente. —No olvides que generalmente los sumisos terminan llevando menos ropa al final de una fiesta.

La cautelosa mirada que ella le dio incluía una buena cantidad de excitación.

—No estoy segura si he entendido.

—Estas son las reglas: como es normal para un sumiso en una fiesta, tú servirás a los Doms la comida y bebidas. Dado que tú no eres propiedad de nadie, un Dom puede tocar cualquier parte de ti que no esté cubierta. —Él sonrió cuando sus brazos se envolvieron protectoramente alrededor de la capa. —Solamente tocar, mascota. Las escenas y juegos íntimos deben ser negociados. La palabra segura en mi casa es “rojo”. Algunos Doms y subs tienen sus propias palabras de seguridad, pero si alguien grita “rojo” aquí, todo el mundo se manifiesta hasta que se cumpla eso.

—Eso es tanto atemorizante como reconfortante, —dijo.

Chica inteligente. A pesar de todas las precauciones, el BDSM todavía tenía un lado peligroso.

—Antes de jugar, se le informará al Dom de tu inexperiencia. Sin embargo, como precaución adicional, tengo esto para ti. —Sacó el collar de oro de su bolsillo y lo puso alrededor de su cuello. Se situó justo debajo de su garganta.

Ella tomó una parte del reglamento y metió la barbilla hacia abajo para leer. *La formación del elfo*. Su risa era ronca y abierta.

¿Cómo se reiría durante el sexo? Él le daría intensidad; ¿sería desenfadada? Empujó la duda a un lado.

—Ahora, ¿a quién te gustaría conocer?

Rona conversó con un Dom mayor llamado Michael en la habitación grande. Durante la última hora había estado vagando, simplemente observando las escenas interesantes que pasaban.

El Maestro Simon había esparcido equipamiento BDSM por todo el primer piso de la fiesta. Las mesas y los bancos de nalgadas con restricciones de diversas formas se encontraban en la sala y en el comedor, una enorme cruz de San Andrés estaba en el centro de la gran sala. La inmensa cocina con mostrador de granito contenía una valla, y las cadenas colgaban de las vigas. Todo estaba listo para incitar a la gente a jugar.

Así que, maldita sea, ¿por qué no podía encontrar un Dom que fuera la mitad de hombre que era el Maestro Simon? Cada vez que entraba en la habitación, podía sentir su presencia... un aura resplandeciente de poder. Su mirada barría la habitación y se asentaba sobre ella. Él la había mirado tan detenidamente que ella sentía el aumento de calor en sus mejillas. Y entonces él se había alejado.

Dejándola sola, como había prometido.



Eso era lo que quería, ¿verdad? Ella realmente necesitaba tener unos cuantos hombres más en la cadena antes de dejarse tentar por el caliente y estrepitoso sexo con él. Sólo el pensamiento le dejó la boca seca. *Mala señal, Rona.*

Era hora de saltar dentro del espíritu de la fiesta y dejar de andarse con rodeos. Le sonrió al hombre a su lado. Tal vez empezaría con él.

—Doms. —La voz del Maestro Simon llenó la habitación, dejándola sin aliento. —Si ustedes no están ocupados, necesito ayuda para juzgar al primer concurso. Todos los elfos sin collar que no estén ocupados, por favor, formen una línea aquí.

¿Un concurso? Genial. A menos que él planeara algo intelectual, ella seguramente perdería.

Ella dudó.

Una mano se cerró sobre su brazo, y ella alzó la vista hacia el Dom de cabello gris a su lado.

Michael le frunció el ceño. Simon podría haber dicho “por favor”, pero eso no fue una solicitud, sub, sino una orden. Él la arrastró por la habitación hacia el Maestro Simon.

—Ella quería pensarlo antes de obedecer, —dijo Michael y la dejó ir.

—En serio. —Los ojos del Maestro Simon se oscurecieron con desagrado.

*Oh Crom.*

—No me gustan los concursos. Pierdo, —dijo a toda prisa. ¿Por qué su desaprobación hizo que su pecho se contraiga y su estómago se hundiera? Ella miró hacia abajo.

—Ya veo. —Le levantó la barbilla, obligándola a encontrarse con su mirada. —Desafortunadamente, tu opinión no cuenta, hazlo.

Él no había hecho realmente una pregunta, pero ella respondió de todos modos.

—No.

Sus dedos se flexionaron sobre su mentón sólo lo suficiente como para recordarle sus modales.

—No, señor. Lo siento, señor.

—Mucho mejor. —La liberó. —Únete a las demás.

Mientras ella tomaba su lugar al final de la línea, él dijo:

—Esta competencia de sumisos es por la simpatía y el servicio en general. —Tomó a la primer sub por la nuca y le preguntó a la multitud: —Si este precioso duende le dio su nombre a alguien o lo sirvió de algún modo, por favor, levante la mano.

Siete manos levantadas, la mayoría dommes.

Rona se mordió el labio cuando un malestar la retorció por dentro. Concentrada en conseguir orientarse, había hablado informalmente con algunos Doms, pero que no se había presentado.

Pronto se dio cuenta de que los otros elfos habían estado muy ocupados, sirviendo bebidas y alimentos, dando masajes en la espalda, frotando los pies, o jugando con un Dom conforme a lo solicitado. Muy pocos no habían hecho mucho, por desgracia, era una de ellos.

El Maestro Simon se apoderó de la parte posterior de su cuello con firmeza, tirando de ella un paso más cerca de él. Se estremeció cuando su duro pecho rozó su hombro y su aroma cálido y profundo la rodeó. Preguntó a la multitud:

—¿Y ésta sub?

Sólo Michael levantó la mano.



—Ah. Bueno, ella sólo se está entrenando, después de todo. Por favor, ayúdela y pónganla a trabajar, señores. —Su mano se alejó. —Todos los elfos que recibieron más de cinco manos levantadas, lo han hecho bien. Están descartados. El resto de ustedes, remolones, quítense una prenda de su ropa y déjenla sobre la mesa allí.

Cuando tres cuartas partes de las subs se dispersaron, Rona suspiró aliviada. Al menos no era la única perezosa. Quitarse algo. Bueno, ella odiaba ponerse sombreros de todos modos.

Su mano apenas había tocado el gorro cuando el Maestro Simon agregó casualmente:

—Debo mencionar que si encuentro un elfo sin un gorro de elfo, lo voy a sacar a la calle... desnudo.

Rona alejó su mano y lo escuchó reírse. Crom, ella no tenía mucho para elegir. ¿Tal vez se podría quitar el sujetador en el tocador?

—Tienen diez segundos, y luego todos los ayudaremos.

Tal vez a ella no le gustaba el Maestro Simon, después de todo.

—Diez. Nueve...

Con la mandíbula apretada, Rona desabrochó y tiró de su cinturón.

—Uno.

Ella tiró el cinturón sobre la mesa. A falta de botones, el abrigo de Santa se abría, mostrando su muy escaso sujetador y tanga. Tendría que sostenerlo para mantenerlo cerrado durante toda la noche. *Qué idiota.*

Mirando alrededor, vio a un elfo que había esperado demasiado tiempo. Tres Doms la habían rodeado y estaban despojándola de su ropa. Rona se mordió el labio, tratando de decidir si debería encontrarlo excitante o aterrador. Se frotó las manos frías en su abrigo.

—Rona, —dijo el maestro Simon.

—¿Señor?

—Por favor, toma una bandeja llena de la cocina y sirve bebidas hasta que quede vacía.

Buenísimo. Algo activo para hacer.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Él sonrió.

En la cocina, cuando recogió la bandeja, comprendió su diversión.

Sostener la bandeja requería de las dos manos, y ahora no podía sostener su abrigo cerrado.

—Eres un cabrón, —murmuró.

—¿Perdón?

Ella se volvió tan de repente que las bebidas se derramaron.

—¿He mencionado la regla sobre hablar sin permiso? —Sus ojos brillaban de risa.

—Sí, señor.

Él sonrió lentamente.

—Serás penalizada con una cinta. —Estirándose sobre su bandeja de bebidas, él tiró de la cinta que actuaba como correa izquierda de su sujetador. La taza se vino abajo, y le sacó la cinta de los anillos.

Mantenido por un solo lado, su sostén se hundió, dejando al descubierto su pecho izquierdo.



Sin soltar la bandeja, levantó la mirada hacia él.

—Me gusta esa mirada impotente, —murmuró y pasó los dedos bajando por el cuello a su pecho desnudo.

Su intento de retirarse sólo la apoyó en la isla de la cocina. Atrapada entre ésta y él, miró por encima de su hombro mientras le acariciaba el pecho, rodeando el pico con un dedo. Podía sentir su pezón endurecerse como piedra bajo su confiado toque. Como dolorido.

Un suave pellizco la hizo saltar, las copas repicaron sobre la bandeja. Sus ojos se sacudieron hacia arriba, y él le sostuvo la mirada mientras sus dedos bromeaban el pezón. Cuando apretó la punta, un caliente chisporroteo disparó directo a su ingle. Los dedos de ella siguieron en la bandeja cuando él incrementó la presión... mientras su excitación se disparaba por las nubes.

Sus ojos se arrugados.

—Tenemos que introducirte en una escena antes de que explotes, —le dijo en voz baja. Rozó los labios sobre los de ella y dio un paso atrás. —Ve a servir, muchacha. Si encuentras a alguien con quien te gustaría estar, voy a liberarte de tu deber.

Mientras caminaba a través de las habitaciones, todo el mundo la saludaba cortésmente. Algunos tomaban una copa, y algunos ignoran las bebidas y se tomaban libertades con su cuerpo, pasando sus manos sobre cualquier lugar con piel expuesta. El aire a su alrededor se hacía cada vez más caliente.

En la sala, vio a Michael hablando con dos Doms de aspecto rudo vestidos con cuero negro. Una sub pelirroja estaba arrodillada en el suelo entre sus sillas.

—Rona. —Michael ondeó su mano para que se acercara. —Él es Logan, —asintió con la cabeza hacia el Dom con ojos azul acero y cabello marrón oscuro, —su sub, Rebecca, y su hermano, Jake.

Jake parecía tan fuerte y delgado como su hermano, pero tenía una fea cicatriz cruzando su frente bronceada que su grueso cabello no podía ocultar. Él la consideró por un largo rato, luego levantó una ceja.

—Ese es un hermoso traje de elfo, rubia.

Insegura de cómo debería dirigirse a ellos, dijo:

—Estoy encantada de conocerlos, señores.

—Tu llegada es muy oportuna. —Michael sonrió. —Estamos discutiendo sobre dónde las piernas de una mujer son más sensibles. Yo creo que es detrás de la rodilla. Jake dice que es justo por debajo del culo.

Rona frunció el ceño. ¿Él esperaba que ella diera su opinión?

Michael se levantó y puso su bandeja sobre una silla vacía, entonces la empujó a un extremo de la mesa de café. —Inclínate, sub. Vamos a realizar un experimento.

De ninguna manera. Si ella se inclinaba, ellos...

Los tres Doms fruncieron el ceño ante su vacilación. *Oh Crom*. Ella obedeció y trató de tranquilizarse a sí misma diciéndose que Michael no le haría hacer nada horrible. *Quiero al Maestro Simon aquí*.

—Las manos aplanadas sobre la mesa de café, Rona.

Ella lo hizo, demasiado consciente de cómo su abrigo no le cubría su trasero. Pero al menos estaba parada al lado de los dos hombres en las sillas, así que ellos no lo verían. Bajó la cabeza y cerró los ojos. ¿Y ahora qué?





—Mira a Logan y a Jake, —dijo Michael.

Muy bien. Ambos hombres la observaban con esa enfocada mirada de Dom.

—Ahora no te muevas, sub. —Michael pasó sus manos hacia arriba y hacia abajo por sus piernas. Entonces sus dedos rozaron detrás de sus rodillas, haciéndole cosquillas hasta que ella se contoneó. Él se rió y movió su mano hasta la piel sensible justo debajo de su trasero, acariciándolo. No era un cosquilleo ahora. Sus labios se apretaron ante el placer que corrió a través de ella.

—Jake gana, —anunció Logan, y una sonrisa brilló en su cara curtida.

—Mi turno. —Jake se puso de pie, alto y musculoso. Mientras Michael se sentaba, el otro Dom caminó detrás de ella. Dios, mirando justo a su trasero, hoyuelos y...

Su mano acarició el pliegue debajo de su trasero, tocando y rozando hasta que ella pudo sentir su tanga humedecerse. Cuando él deslizó la mano hacia abajo para acariciar detrás de la rodilla, ella suspiró de alivio.

—Lo siento, Michael. Esto es dos por dos, —dijo Logan. —Parece que, en esta sub al menos, por debajo del culo es mejor que el área de la rodilla.

—En mi opinión, ese punto gana en todo momento. —Jake golpeó su trasero desnudo a la ligera, sorprendiéndola, y se sentó de nuevo.

¿Habían terminado? ¿Se podía mover ahora?

—Hay una teoría más a considerar. —El poderoso timbre de la voz justo detrás de Rona hizo que cada músculo en su cuerpo se contraiga. *El Maestro Simon*.

Ella volvió la cabeza, tratando de verlo, y consiguió un picante manotazo en su trasero.

—No te muevas, sub.

Su mandíbula se apretó, y sin embargo, el calor parecía correr por ella como si se tratara de un incendio forestal.

—¿Y cuál es tu teoría, Simon?, —Preguntó Logan.

—Que con el Dom correcto, un toque en cualquier parte es erótico.

Los hombres sonrieron entre ellos. Michael dijo, —Tal vez deberías demostrarlo.

Rona esforzó sus oídos. Nada.

—Ahora, muchacha. —Su voz parecía acariciarla, a pesar de la severa autoridad en ella. —No te muevas. Mantén tus ojos sobre los otros Doms.

Un estremecimiento corrió a través de ella, y se obligó a permanecer inmóvil. Pasó un momento. Otro. Él estaba parado justo detrás de ella. Podía sentir su calor y su mirada sobre su expuesto trasero.

Sus dedos rozaron por encima de su tobillo. Ella tomó una respiración irregular ante la sensación y el conocimiento de que se trataba del toque de *Simon*. Un momento después, su dura mano se cerró alrededor de su pantorrilla y apretó, y de alguna manera el calor de su piel y el ligero roce de sus dedos callosos enviaron electricidad chisporroteando directamente a su clítoris tan rápido que ella tuvo que compeler un gemido.

Los Doms se echaron a reír.

Jake sacudió la cabeza.

—Siempre algún hijo de puta complica un buen experimento.



Una risa baja sonó detrás de ella, y Rona se puso rígida. ¿Qué iba a hacer?

—Pero tengo que decir, Jake, —dijo el Maestro Simon: —Yo también prefiero el punto justo-por-debajo-del-culo. —Una pausa y luego su mano rozaba el pliegue entre su muslo y su trasero con una... deliberada... caricia. Caliente, cruda, firme.

Había perdido su control absolutamente, sus caderas presionaban hacia atrás contra su toque.

La risa del Maestro Simon era profunda y masculina. —Arriba, muchacha.

—El experimento ha terminado. —Él la agarró del brazo y la ayudó a ponerse de pie. Con una sacudida, se dio cuenta que la otra mano no se había movido y ahora le ahuecaba el trasero. Él apretó suavemente.

Sus piernas temblaban mientras ella lo miraba, sintiendo la fuerza de su implacable agarre sobre su brazo, manteniéndola justo a su lado para que pudiera tocarla a su antojo.

Sus dedos acariciaron por encima de su trasero, lentamente, y cada movimiento aumentaba su excitación.

Cuando finalmente la liberó, la satisfacción brillaba en sus ojos. Le tocó la mejilla con suavidad.

—¿Sabes lo encantadora que eres cuando estás excitada, cariño?

Él inclinó la cabeza hacia los otros Doms.

—Gracias, señores, por haberme permitido participar, —dijo y se alejó.

Cuando Rona intentó controlar su respiración, los Doms intercambiaron miradas.

—Bueno, eso pareció lo suficientemente claro, —dijo Jake arrastrando las palabras. —¿Alguna vez vieron a Simon ser territorial antes?

—Será una noche interesante. —Logan tiró a su sub de piel clara entre sus rodillas y los ojos de la hermosa sub se cerraron por el placer mientras él jugaba con su pelo. Una melancólica envidia corrió a través de Rona. ¿Cómo sería sentarse a los pies de un hombre, al sentir sus manos... las del Maestro Simon... sobre ella?

—No es para mí, aparentemente, —se quejó Michael.

Rona frunció el ceño. ¿Se había perdido algo?

Michael le entregó su bandeja de bebidas y le sonrió.

—Adelante, mascota.

Para el momento en que había vaciado la bandeja de bebidas, ella se había acostumbrado —casi— a estar expuesta. La excitación que el Maestro Simon había despertado no se había disipado del todo.

Las vistas y sonidos de personas haciendo el amor, de floggers y los gemidos y quejidos, la mantenían en un puro estado de necesidad. Tres Doms le habían pedido jugar, todos interesantes y agradables hombres, así que ¿por qué había dicho que no?

Porque había llegado a obsesionarse con el Maestro Simon. Igual que ahora, cada vez que lo veía, todo su cuerpo parecía saltar de arriba a abajo, gritando *él, él, él*.

Apoyó la bandeja y se inclinó contra la pared de la sala. Después de todas las instrucciones que se había dado a sí misma, y de las metas que había publicado en su tablón de anuncios, aún seguía siendo estúpida acerca de un hombre.



## CAPÍTULO 06

Ah, allí estaba ella. Simon vio a su pequeña sub apoyada contra la pared justo afuera de la cocina. Había mantenido un ojo sobre ella... ella seguía negándose a los otros Doms.

Bien. Verla con alguien más le dolería como el infierno. Quería ser el único que le muestre más, que la lleve al orgasmo. Quería su confianza... y mucho más.

Atentamente, sin embargo. Ella tomaría vuelo con demasiada facilidad.

Primero, el señuelo. Puso su bolsa al lado de la mesa alta estilo-reclinable, una de sus favoritas, extra ancha y con relleno de cuero. Una a una, sacó las ventosas de su bolsa y las alineó arriba de una toalla de papel sobre una mesa de café cercana.

La sub que él había incautado en la cocina ubicó un recipiente con agua con cloro.

—Ooooh, Maestro Simon, ¿vas a hacer cupping?

Él asintió con la cabeza. Cuando se volvió, vio a Rona unirse a las personas que se reunían alrededor de la mesa. Si ella quería variedad y exploración, estaría encantado de satisfacer esa necesidad. Él capturó su mirada.

—Ven aquí, muchacha.

Un temblor comenzó en el estómago de Rona ante el oscuro gruñido de la voz del Maestro Simon. Luego registró las palabras. "*Ven aquí*".

—¿Yo? —Su voz rechinó.

—Tú. —Él enrolló hacia arriba una manga, mirándola y frunciendo el ceño. —Ahora.

*Oh, no.* Ella necesitaba pensar, pero sus pies se movían hacia adelante. Sus manos se entumecieron y sin embargo el deseo chisporroteaba a través de ella con cada paso que se acercaba. Su piel se sentía sensible, el roce de su abrigo de Santa como papel de lija. Cuando se encontró son sus intensos, evaluadores ojos, su pecho se apretó como si él tuviera sus costillas entre sus grandes manos.

Se detuvo frente a él.

—Buena chica. —Ahuecó su barbilla con una mano dura. —Estos ojos grandes. —Rozó su boca a través de la de ella y la liberó.

—Yo-yo... —¿Qué había previsto decir?

—Recuerda las reglas sobre hablar, pequeña sub. —Acarició la mesa. —Te quiero aquí arriba... sin el abrigo.

La gente. Ella no tenía nada encima salvo ese escaso sujetador y tanga. Sus ojos se encontraron con los de él.

—Has observado toda la noche, pero no has jugado... y lo deseas, Rona. —Pasó un dedo por su mejilla, su sonrisa sólo para ella. —Voy a ir despacio, pequeña.

Un temblor corrió por ella. *Yo quiero hacer esto. Y quiero hacer esto con él.*

Él esperó pacientemente, pero su confiada postura le decía que él ya sabía su respuesta. ¿Cómo podía sentirse tan seguro?

Se quitó el abrigo y se lo entregó a él, temblando por la sensación del aire - y de los ojos - contra su piel.



—Buena chica. —La aprobación en sus ojos oscuros la calentó. La agarró por la cintura y la ubicó sobre el mostrador de la alta mesa, entonces hizo girar sus piernas hacia arriba.

El resbaladizo cuero enfrió sus nalgas, y ella se apretó las manos en su regazo.

—Ahora, dime. ¿Quieres ver o sólo sentir?

Se mordió el labio y miró las claras copas de cristal, que de repente parecían un poco siniestras. —Mirar.

—Muy bien. —Él ajustó la mesa para apoyar su espalda en una posición reclinada.

Antes de que pudiera objetar, abrió su sujetador tirando de las cintas y lo quitó.

*Grandioso.* Senos que amamantaron con estrías blancas. Obligó a sus manos a mantenerse en su regazo y no cubrirse.

Para su sorpresa, sus ojos contenían sólo reconocimiento mientras la miraba por un largo, largo momento. Cuando sus manos callosas, finalmente le ahuecaron los pechos, su espalda se arqueó.

De alguna manera se sentía como si hubiera estado esperando por su toque toda la noche. Sus pulgares trazaron círculos alrededor de sus pezones, y el calor se agrupó en la pelvis.

—Puedo ver que no voy a tener que calentarte mucho, —murmuró. Se inclinó hacia abajo y le tomó la boca, incluso mientras sus manos se movían sobre sus pechos, tentando y jugando hasta que el mundo ondulaba a su alrededor. Se retiró sonriéndole. —No sé cuando he disfrutado tanto besando a alguien. Tú das todo lo que tienes, cariño.

Y la besó de nuevo, un beso dulce que se volvió poderoso, su lengua tomando completa posesión.

Cuando se detuvo, ella no podía moverse, sólo podía mirar hacia arriba dentro de su intensa mirada.

¿Por qué someterse a este hombre se sentía tan bien?

Después de estudiarla, él asintió con la cabeza y dijo suavemente: —Esta es mi sub. —Y la absoluta seguridad en su afirmación la aterrorizó cuando no pudo encontrar ningún desacuerdo en su interior.

Cogió una correa y la abrochó justo debajo de sus pechos. Un brazalete suavemente forrado fue a cada muñeca, y los aseguró en la cima de la mesa por encima de su cabeza. Luego caminó hasta el final de la mesa.

Ella lo miró nerviosa, una vez más consciente de la gente que miraba. —¿Qué vas...?

Su severa mirada estranguló las palabras en su garganta. *Silencio. No hables. Pero...*

Sus rodillas se doblaron mientras él empujaba sus pies hacia arriba, hacia su trasero. Luego restringió los tobillos a los bordes de la mesa, la posición muy similar a la que utilizaba su ginecólogo, sólo que incluso aún más abierta... dado que el ancho de la mesa de Simon era el doble del de una mesa médica.

Tiró de los brazos y las piernas, de repente sintiéndose terriblemente impotente.

—Ah, muchacha. —Él caminó hacia atrás y sostuvo su rostro entre las manos. Ella miró dentro de sus ojos. Tranquilos y confiados.

—Nada va a suceder que no lo disfrutes, Rona. Si te sientes demasiado asustada, puedes utilizar tu palabra de seguridad. Dime cual es.

Ella tragó saliva. Su pulgar acariciaba sus mejillas mientras esperaba su respuesta.



—Houston. Es Houston.

—Correcto, mi muchacha. —Le sostuvo la cabeza entre sus manos mientras disfrutaba de su boca en un beso pausado, como si tuviera toda la noche, como si la gente no lo estuviera esperando.

Cuando él la soltó, su resistencia se había disuelto. El conocimiento de que en este momento debería someterse a cualquier cosa que él quisiera la enfrió un poco. El Maestro Simon sabía exactamente lo que estaba haciendo, y ella no estaba segura de si resentirse o admirar su poder.

Él la miró a los ojos y sonrió.

—¿Pensando de nuevo?

Ella lo observó caminar hacia el extremo de la mesa, y cada uno de sus aliviados músculos empezaron a apretarse otra vez. Cuando desató los lazos de su tanga y la quitó, un chisporroteo de excitación disparó a través de su sistema. Su gemido casi sonó como un quejido.

Sus ojos se arrugados. No la tocó, sin embargo, y ella se alegró... realmente... a pesar de todo lo que allí latía de necesidad.

—Vamos a empezar con tus pezones, —dijo. Cogió un pequeño vaso, con forma de copa acampanada y lo puso contra su pecho izquierdo. La frialdad hizo que su pezón se apriete. Sacudiendo la cabeza, eligió otro tamaño y abrochó algo que parecía una pistola selladora con un medidor en la punta de la copa.

Inesperadamente, pasó rozando la mano sobre su coño, haciéndola gritar por el asombro.

—Hermoso y húmedo, —dijo. Pasó sus ahora húmedos dedos alrededor del borde de la copa antes de presionarla firmemente contra su pecho. ¿Preparada, muchacha?

Su cuerpo ardía de excitación incluso mientras la ansiedad disparaba a través de ella. Ella asintió con la cabeza y se quedó mirando hacia abajo a su pecho.

—Dime si empieza a doler. Por ahora, tienes permitido hablar. —Apretó la base.

Un bombeo y su pecho se sintió como si alguien estuviera chupando realmente, realmente duro. Su pezón se hinchó hasta el tercio inferior de la copa transparente. —¡Oh, Dios mío!

Él se rió entre dientes, su mirada concentrada en su rostro cuando apretó de nuevo. Cuando la succión aumentó acercándose al dolor, ella trató de alejar la taza y redescubrió que estaba restringida.

—Esto, obviamente, es suficiente. —Giró la bomba de vacío, dejando su pezón grueso y rojo dentro de la ventosa de la copa. —Siguiente.

El otro fue tratado de la misma manera.

—Esto se ve tan extraño —ella murmuró, mirando las copas en sus senos. *Se sentía demasiado extraño. Como alguien chupando constantemente allí.*

Él caminó hacia el extremo de la mesa, y ella apretó las manos en puños. Sus piernas estaban ampliamente extendidas, su coño a la vista para que todos puedan verlo. Y él iba a hacerle... eso a ella. Su respiración se aceleró de nuevo, pero de alguna manera el miedo sólo aumentó su excitación.

Pasó el dedo por sus pliegues, sonriendo mientras ella sacudía sus caderas. —Estás muy mojada.

Después de ser excitada durante toda la noche, ella se sentía hinchada y casi demasiado sensible cuando él deslizó un dedo dentro de ella. *Oh Dios.* Sus piernas temblaban, pero los puños



de los tobillos le impedían moverse. Mirándola a la cara, él empujaba adentro y afuera con insoportable lentitud, incrementando gradualmente su imperiosa necesidad. Sus caderas se tensaron hacia arriba. *Más, más, más.*

Una esquina de su boca se curvó en una sonrisa.

—Creo que estás lista para el siguiente paso.

Tomó una copa, giró la bomba de vacío, y luego asentó el vidrio frío firmemente alrededor de su clítoris, moviéndolo para obtener un sello adecuado.

Oh Dios, ella realmente iba a dejarle hacer esto. Las restricciones, sus manos duras, su control, las extrañas tazas... Se mordió el labio, sintiéndose más excitada de lo que nunca había estado en toda su vida.

Sus dedos se flexionaron sobre el vacío.

Succionando y presionando y tensando.

—Oooh. —Sus caderas se tensaron hacia arriba y sus ojos se cerraron mientras la impactante sensación explotaba a través suyo. El vacío aumentó hasta que su inflamado tejido palpitaba al ritmo de su pulso.

—Mira, Rona. —Él giró la bomba, dejando la copa sobre su clítoris.

Ella miró hacia abajo. La carne rosada llenaba la mitad de la copa, presionando hacia arriba en contra de los lados.

—¿Esa soy yo?

—Oh, sí. —Él le dio golpecitos a la copa con un dedo, y ella saltó ante la chispa de placer. —Seguirá teniendo este tamaño por un buen rato después de que quite la taza. —Sus ojos brillaban sobre ella. Trató de no imaginarse sus dedos sobre su clítoris más tarde.

—¿Cuánto tiempo las copas permanecen adheridas? —Tendría que haber hecho más preguntas antes de comenzar esto tal vez.

—Oh, un tiempo todavía.

¿Y ella simplemente permanecería aquí mirándolos?

—No te preocupes, no voy a dejar que te aburras.

La multitud alrededor se agitó riéndose.

Simon sonrió mientras los ojos azules verdosos de Rona mostraban su excitación... y ansiedad.

Con su cuerpo abierto y expuesto, limitada a cualquier cosa que él quisiera hacerle, ella demostraba su confianza en él... confianza que él no se había ganado todavía, pero que ella le había dado libremente, sin lógica ni razón.

Sin embargo, él quería más que su excitación, más que su confianza.

—Qué estás...

Él la interrumpió. —A menos que estés respondiendo a una pregunta, te quiero en silencio ahora, mascota.

Ella se mordió el labio, y un temblor la recorrió mientras su preocupación y excitación aumentaban en partes iguales. Adorable. ¿Cómo iba a lidiar ella con un estímulo adicional? ¿Con el dolor? Cogió una delgada caña de su bolsa de juguetes.

—¿Recuerdas tu palabra de seguridad?

—Sí. —Cuando él levantó una ceja, se apresuró a añadir: —Señor.





—Excelente. —Él rozó la fina madera desde su tobillo hasta la pantorrilla. Deslizó la punta por su coño por debajo de la copa, arriba hasta su torso y en espiral alrededor de la copa en sus pechos, y luego hacia abajo.

Los músculos de su estómago se estremecían debajo de las tentadoras caricias. Su mirada estaba fija en el palo.

Él lo levantó y le golpeó el muslo ligeramente. Ella se sobresaltó, y el movimiento sacudió las tazas. Él casi podía ver la sensación rompiendo a través de ella como una ola.

*Muy bonito.* Golpeó suavemente entonces, hacia arriba y hacia debajo de un muslo, se trasladó al otro, continuando hasta que la piel estuvo rosada y sus caderas empujando hacia arriba.

Sus ojos lentamente tomaron la vidriosa mirada de un sumiso sobre-abrumado por la sensación y las endorfinas.

Él sacó un consolador de vidrio de su bolsa, lo humedeció en sus jugos, y lo deslizó dentro.

*¡Ahhh!* Rona se sacudió de nuevo dentro de la conciencia cuando cada nervio de su coño conmocionó a la vida. Trató de moverse, no pudo, y su respiración se aceleró. Ella había estado flotando cuando las rítmicas sensaciones dolorosas de la caña de alguna manera se fusionaron con la dolorosa sensación de las copas y la enviaron a otro sitio.

Pero ahora el consolador apretaba la piel alrededor de su clítoris, su vagina palpitaba, y cada latido de su pulso la empujaba más cerca de correrse. Sus ojos se cerraron mientras se estremecía.

—Mírame, Rona. —Su oscura voz masculina la acarició con tanta seguridad como la caliente mano en su rostro.

Ella abrió los ojos. Dios, él era tan suntuoso, como una cuchilla, pero no un insípido cuchillo de cocina... más como una daga medieval. Elegante y mortal, pero la mirada de sus ojos era tan afectuosa. Casi amante. Ella sonrió.

—Bien, eso es mejor. —Él le acarició la mejilla. —Mantén tus ojos sobre mí, muchacha. Y, por cierto, no tienes permiso para correrse.

Le tomó un minuto para que el significado de sus palabras se filtre a través de la melaza en su cerebro. *¿Sin correrse?*

—Pero...

—No. Sin correrse. —Su sonrisa destelló. Dio un paso atrás y rozó esa malvada, delgada caña a través de su pecho y luego azotó un lado.

*¡Unh!* El aguijón se hizo eco a través de su pecho. Golpeó la caña más fuerte, haciendo círculos alrededor de las copas en sus pechos. Cada agudo dolor cortaba a través de ella, y sin embargo todo lo que podía procesar era la gruesa intrusión en la vagina y la compresión de su clítoris. Trató de contonearse, pero las correas sobre sus costillas la mantuvieron implacablemente en su lugar. Y cada eróticamente doloroso golpe aumentaba el enroscado infierno dentro de ella, llevándola más cerca de la liberación.

—Oh por favoooooor. —El lamento rompió de ella. —Necesito... —*Necesito correrme, necesito sólo un poquito más.*

Él se detuvo.

Jadeando, ella lo miró, tratando de ordenar sus pensamientos.

Él cerró su cálida mano sobre las suyas restringidas.



—Ahora, cariño, tienes dos opciones. Puedo hacerte llegar aquí y ahora... o puedes unirme a mí arriba, y podemos hacer el amor.

—¿Tener sexo?

Sus ojos se oscurecieron, y repitió: —Podemos hacer el amor.

La expresión no sonaba correcta, pero oh Dios, sólo el pensamiento de sus manos sobre ella... Ella se estremeció y le susurró:

—Tú.

Su mirada se detuvo en su rostro. Luego rozó un beso sobre sus labios.

—Me complaces más de lo que puedo decir, Rona. —Él liberó el vacío en las copas y comenzó a retirarlas, una por una. El consolador se deslizó afuera, dejándola vacía y dolorida. Tiró todo dentro de un recipiente con agua cercano.

Rona se quedó mirando su cuerpo, sorprendida por sus rojos, enormemente hinchados pezones. Y su clítoris... había triplicado su tamaño, sobresaliendo descaradamente de entre sus labios vaginales. Dolorido. Apretado.

Necesitado.

Él desató las restricciones y la ubicó en una silla mientras limpiaba la mesa con una toalla de papel y aerosol. —Siéntanse libres de utilizar los juguetes para hacer cupping, —dijo a la gente todavía reunida. —Logan, Jake, ¿pueden supervisar el lugar por un rato?

—Abandona su propia fiesta, —le dijo Jake a su hermano con fingida desaprobación.

—Seguro, Simon. Cuidaremos a los niños por ti.

Después de meterla dentro de su abrigo de Santa, el Maestro Simon llevó a Rona arriba de las escaleras y a través de un pasillo hasta el dormitorio principal. Una chimenea de gas parpadeó a la vida, provocando sombras bailando sobre las paredes. La lujosa alfombra azul debajo de sus pies era lo suficientemente gruesa para caminar por ella con esfuerzo, los muebles de madera oscura brillaban en la penumbra.

—He tenido visiones tuyas en mi cama, —él murmuró, quitándole el saco de encima. —Y haciendo el amor contigo.

La levantó y la puso en el centro de su cama, obligándola a apoyar la espalda con una fuerza implacable que hizo que su cabeza le diera vueltas. Cuando tiró sus brazos sobre su cabeza, recordó que no le había quitado las muñequeras ni los puños de los tobillos. Un *click* seco y había conectado los puños de sus muñecas a una sola cadena unida a la cabecera. Ella tiró de la cadena, un temblor la atravesó. Estaba sola con un hombre que apenas conocía. Y le permitió amarrarla. ¿Estaba loca?

—Relájate, mascota, —murmuró él, rozándole los labios con los suyos. —Disfrutaremos ambos de esto, o no continuaremos. Di: “Sí, Maestro”.

¿Por qué sólo el sonido de su voz grave hacía que sus músculos se aflojen? ¿Por qué confiaba en él de esta manera? Ella inhaló, y luego frunció el ceño. ¿Qué dijo?

—¿Maestro?

Una sonrisa satisfecha aligeró sus rasgos cincelados.

—Esa es la palabra. Dilo otra vez.

Ella dudó. Cuando sus fuertes manos ahuecaron sus pechos y los presionaron juntos, la devastadora sensación le dio la fuerza de voluntad para decir tonterías.



—Maestro. —Pero, mientras decía la palabra, todo dentro de ella se apretó en desaprobación... y aún así la más extraña sensación de satisfacción la llenó, como si la última pieza de un rompecabezas hubiera encajado en su lugar.

—Muy bien. —Aún de pie junto a la cama, la besó lentamente, la lengua poseyendo su boca tan completamente como las manos tomaban sus pechos. Él se echó hacia atrás.

Mientras ella trataba de recuperar sus arremolinados sentidos, él empujó una almohada debajo de su trasero.

Se desvistió fácilmente y decididamente consciente, pero la vista de él le robaba el aire.

Sus musculosos antebrazos habían insinuado sus bultos, pero no la había preparado para la amplitud de su pecho, sólido con músculos. El vello negro espolvoreaba sobre sus pectorales e iba en espiral hasta su ingle, como si exhibiera su polla.

Su respiración se volvió irregular. Él era tal vez un poco más largo de lo normal, sí, pero el ancho... Como provocando, las oscuras venas se retorcían alrededor del increíblemente grueso eje.

Él siguió su mirada y se rió entre dientes.

—Sí, he estado erecto desde que entraste esta noche, y esperando tomarte, —dijo en voz baja. —Pero tengo la intención de jugar contigo primero. Amarte.

Sus manos amasaron sus pechos suavemente.

—¿He mencionado lo hermosos que son? —Le sonrió a sus ojos antes de bajar la cabeza. La boca se cerró sobre su pezón, y la sensación de calor y humedad en todo el tejido todavía hinchado le hizo girar la cabeza. Arremolinó la lengua a través de la punta, luego empujó sus pechos hacia arriba, apretando la piel, aumentando el placer mientras succionaba duro. Cuando los labios se cerraron sobre su otro pezón, la sensación disparó directamente a su clítoris con tanta intensidad, que rayaba con el límite del dolor. Sus pezones se contrajeron a gruesos y dolorosos puntos.

Y entonces se trasladó a la cama, abriendo sus piernas. Se ubicó entre sus muslos y... la miró desde allá abajo.

La excitación de estar expuesta peleaba con la vergüenza, y ella sacudió sus brazos. No podía moverse. Trató de cerrar las piernas, pero él estaba en el camino. La agarró por las rodillas y sin piedad las empujó hacia atrás... incluso más lejos que antes. El aire frío rozó su coño mojado cuando sus pliegues se abrieron.

—Rona, mantén las piernas separadas, de esta manera, o las amararé también. ¿Qué eliges?

Ahora mismo, el pensamiento de la esclavitud parecía más aterrador que excitante.

—Me comportaré. Señor.

—Bien. Me gusta verte luchar para obedecer. —Sus manos pasaron rozando hacia arriba el interior de sus muslos hasta el mismo borde de su coño, y los pulgares tiraron de sus labios mayores para abrirlos más, exponiéndola en su totalidad. Se agachó, y su lengua se deslizó a través de sus pliegues, bailando hacia arriba y hacia abajo, trazando patrones alrededor de su entrada, antes de finalmente moverse hacia arriba al doloroso centro de nervios.

Ese clítoris enorme. Ella estaba tan excitada que la pulsación allí se sentía como una tortura.

Apenas tuvo tiempo de preguntarse cómo sería si lamiera cuando sintió que lo tomaba por completo dentro de su boca. El devastador placer estalló a través de ella.



—¡Oh Dios!

Sus caderas se levantaron descontroladamente. Sus manos la apretaron aplanándola, sin darle oportunidad de moverse, y entonces sopló suavemente sobre su clítoris.

La frescura lo tensó aún más, y sus piernas se sacudieron. Un gemido se le escapó.

Su lengua circulaba la hinchada bola de carne, y su estómago se apretó ante la electrizante sensación.

—Tu clítoris está aquí... —lo tocó, y la sorprendente sensación la hizo saltar... —Y la campana es todo el camino de vuelta aquí. —Otro toque suave.

Ella gimió. Él extendió su humedad alrededor y encima del nudo, cada pausada caricia era un exquisito tormento.

—Está tan dilatado que puedo tirar de él. —El pulgar y los dedos se cerraron sobre él, y cada pequeño tirón sólo intensificaba la sensación. *Más, oh, por favor, más.* Ella inclinó sus rodillas y empujó sus caderas hacia arriba.

Le dio una palmada en el muslo. La picadura de dolor conmocionó a través de ella, y sin embargo su clítoris pulsaba aún más ferozmente.

—Permanecerás en el lugar, sub. —El bajo gruñido provocó que su corazón latiera con fuerza. —Y tomarás todo lo que te dé.

Su boca reemplazó a los dedos. Oh Dios, tan caliente. Su lengua se arremolinaba alrededor de su clítoris, frotando un lado y el otro, sin piedad conduciéndola hacia arriba. Su cabeza golpeó atrás cuando cada músculo de su cuerpo se apretó... y aguantó.

Y entonces él chupó.

Una cegadora explosión arrancó a través de ella, grandiosos y estremecedores espasmos. Ella gritó.

Él no se detuvo. En cambio, despiadadamente burlaba su nudo con suaves golpecitos de su lengua, enviando olas de placer reverberando a través de su sistema.

Cuando él finalmente le concedió su misericordia, ella gimió. Su corazón latía tan violentamente que su pecho se sentía magullado desde el interior, y un fino sudor cubría su cuerpo.

Nada se había sentido así antes. Ella abrió los ojos y lo miró fijamente.

Su mejilla se arrugó cuando él le sonrió.

—Te corriste magníficamente, pero un poco demasiado rápido. —Él mordió el interior de su muslo, y su vagina se apretó. —Te voy a hacer trabajar para el siguiente, muchacha.

*¿Siguiente?* Ella no era la loca, él lo era.

Con fuertes manos, dio un salto sobre ella y sobre sus rodillas dobladas. Cuando ella trató de levantarse, la volteó en la cama hasta que sus brazos se irguieron, estirados desde la cabecera.

Ella bajó la cabeza para apoyarla en la parte superior de su brazo.

—¿Simon?

—¿Quién?

Sus entrañas se estremecieron al oír su voz helada. Así como él había expuesto sus partes más íntimas, esta demanda parecía abrir cavernas ocultas dentro de ella, derramando sus secretos de necesidad. De deseo. Pero él ya había conocido... sabido que ella quería esto, que quería que él



hiciera todo lo que él deseara. Ella había sido la única contradicción. Pero esa palabra que él quería que ella dijera exigía aún más de ella que sólo la exposición. No.

—Señor, ¿qué estás haciendo?

Sus manos recorrieron su cuerpo, firmes y posesivas, acomodándola para su placer.

—Rona, voy a tomarte ahora.

Ella oyó el crujido de una envoltura de condón, y sus músculos se pusieron rígidos por la anticipación.

Su polla presionó contra ella, y él acarició la cabeza en su humedad, provocando un espasmo de hambre a través de ella. Entonces él la penetró con un constante e implacable empuje.

Ella estaba muy mojada, y a pesar de eso su cuerpo trataba de resistirse mientras su vagina se extendía alrededor de la intrusión inusualmente grande. Pero, oh dulce cielo, él se sentía bien, llenando el vacío en su interior.

Por supuesto, ella no se correría esta vez, pero qué genial hubiera sido llegar a su clímax esta primera vez juntos. Ella lo disfrutaría cuando él se corriera.

Él se rió entre dientes y le apretó el trasero.

—¿Pensando de nuevo, muchacha? —Sólo parcialmente, ahora él se retiró, y la fricción acariciando a través de sus pliegues enviaba tensión subiendo por su columna vertebral. Empujó más rápido, luego adentro y afuera, más rápido con cada embestida, hasta que sus caderas se frotaban contra su trasero. La asombrosa plenitud apretó su hinchado clítoris, y éste palpitó con un creciente deseo.

Ella contoneó sus caderas, moviéndolo dentro de ella, y él se rió.

—Aún tienes demasiada movilidad, por lo que veo. La próxima vez voy a atarte las manos y los pies juntos. —La imagen envió un temblor a través de ella.

—Pero por ahora, vamos a hacerlo de esta manera. —Empujó la parte baja de sus piernas separadas, hasta que quedó en un precario equilibrio sobre sus ampliamente extendidas rodillas. Mientras masajeaba sus nalgas, los movimientos lo hacían deslizarse en su interior enviándole estruendos de fuego por su cuerpo. Su incapacidad para resistir aumentó la intensidad de una manera espantosa.

—Bien —murmuró con satisfacción, y sus manos aseguraron sus caderas, anclándola completamente mientras comenzaba a moverse. Afuera, adentro. Suavemente, luego con más fuerza, poniéndola en cuclillas para encontrarse con sus duros empujes. Ella luchaba en su agarre mientras su excitación aumentaba de manera constante, y su implacable posesión alimentaba el fuego, hasta que cada impulso disparaba llamas de placer a través suyo. Su mente se nubló cuando la necesidad llegó hasta el punto de explosión. Ella se apretó a su alrededor, los nervios gritando, situándose en el precipicio.

Y entonces él se inclinó hacia delante, su pecho caliente contra su espalda, mientras él mismo se apoyaba sobre un brazo. Su mano libre se deslizó en torno a su parte frontal, y sintió que sus dedos se deslizaban por sus pliegues, encontrando su sensible e hinchado clítoris. Frotó un lado mientras su gruesa polla se impulsaba dentro de ella, frotó el otro lado con otro empuje. No se detuvo, incluso mientras los incontrolables temblores la sacudían.

Su carne hinchada se agrandó, llegando a estar tan tensa y sensible que ella gemía con cada toque de sus dedos. Uno más... más duro... Algo... para hacerla correrse. Sus temblorosas piernas se tensaban elevándola hasta su polla... o bajándola hasta su mano... ella no sabía lo que quería.



Más.

—Por favor —ella gimió.

—¿Por favor, qué, amor? —Su voz, intensa, inflexible. Su rugosa barbilla raspaba su hombro. Su toque y empujes nunca disminuyeron.

*Por favor, algo más, por favor...* no eran las palabras que él exigía.

—Maestro, —susurró. —Por favor.

—Nada me gustaría más que satisfacer tu petición. —Él se inclinó hacia atrás, equilibrándose sobre sus rodillas. La palma de su mano apretando su montículo mientras los dedos abrían sus pliegues ampliamente, aumentando la presión sobre su clítoris. A medida que embestía dentro de ella, duro y rápido, los dedos resbaladizos de la otra mano se deslizaban hacia arriba y abajo de su clítoris, golpeándolo gentilmente. Arriba y abajo, empuje, arriba y abajo, empuje. Todo dentro de ella construyó una espiral más y más apretada, sus caderas trataron de moverse, para lograr... Él la agarró sin piedad, obligándola a tomar sólo lo que él quería darle. *Arriba y abajo*. De repente su polla se movió en un ángulo que golpeó algo increíblemente sensible en su interior.

Su cuello se arqueó hacia atrás, y entonces su clímax la empujó hacia arriba de su pelvis, una erupción volcánica de calor y placer, una explosión tras otra, hasta que incluso las puntas de sus dedos hormigueaban. *¡Oh, oh, oh!*

Ella corcoveó contra sus fuertes brazos, y él la sostuvo en su lugar, obligándola a tomar más mientras acariciaba suavemente, adentro y afuera.

Su cabeza cayó sobre su brazo mientras ella respiraba con dificultad, los temblores aliviándose.

Ella nunca había... nunca se había corrido así, olvidándose de todo. Las lágrimas ardían en sus ojos mientras él le besaba el cuello, murmurando lo hermosa que era, lo mucho que le gustaba. Su respiración disminuyó mientras él la tranquilizaba como a una potranca nerviosa.

Cuando ella se desplomó, sus brazos se flexionaron, manteniéndola levantada. —No terminamos, todavía, mascota.

Sus manos se movieron para agarrar sus caderas. Bombeó dentro de ella con cortos y poderosos empujes, y luego se hundió profundamente. Ella tuvo sólo un segundo para sentir su polla sacudiéndose en su interior con su liberación, y entonces él apretó su hinchado clítoris. Ella gritó cuando otra explosión la sacudió desde lo más profundo.

Su coño ordeñó hasta el último espasmo de su polla como un puño caliente, incluso mientras los hombros de la pequeña sub se aplanaban en la cama. Su cabello estaba desparramado sobre sus brazos, y su piel era de un blanco cremoso contra el azul real de la colcha. Ella era absolutamente hermosa en su sumisión. Él permaneció en el lugar por un momento, saboreando los diminutos estremecimientos que recorrían el cuerpo de ella a intervalos, antes de retirarse. Silenciosamente fue hasta el baño para quitarse el condón.

Ella no se había movido cuando regresó. Después de desenganchar la cadena... se veía tan bonita con los puños que se los dejó... se acostó junto a ella y la arrastró contra su costado, colocándole la cabeza en el hueco de su hombro. Con un suave suspiro, se acurrucó contra él como un gatito bien alimentado, apoyando un brazo sobre su pecho y una pierna sobre su muslo.

Mimosa y sensible, inteligente y sumisa. Hacía tan poco tiempo que la conocía, y sin embargo, ella llenaba el vacío en su interior. Quería conservarla. Justo aquí. En su cama.

En su casa.





Frotó una mano arriba y abajo de su espalda. Unos segundos después ella le dio unas palmaditas sobre el pecho y lo acarició a cambio. Tan profundamente como la había usado y por la forma en que se había corrido, su cuerpo debería estar tan agotado como su mente... y todavía ella seguía tratado de darle algo a cambio. La mujer le calentaba el corazón, y su brazo la atrajo más cerca. Estaría maldito si iba a dejarla ir.

A diferencia de una relación que se convertía gradualmente de una amistad en amor, sus sentimientos por Rona habían florecido repentinamente, como las flores silvestres de la montaña de su lugar de nacimiento. Incluso al principio, Rona no le había parecido como una extraña. La había conocido.

Al igual que cuando había llegado a San Francisco y algo dentro de él le había dicho: *Este es el lugar. Yo pertenezco aquí.*

Sentía lo mismo con Rona. *Ella pertenece aquí. Conmigo.*

Como se acurrucó contra él, le tocó un pecho, sonriendo por el todavía hinchado y enrojecido pezón. Cuando tomó el pico aterciopelado, sintió la sensación sacudiéndola. Sí, la forma en que ella le respondía, a su voz y a su cuerpo, decía que parte de ella reconocía la conexión. Pero su práctico cerebro no aceptaría algo tan ilógico.

Ella era una mujer obstinada. Él admiraba eso. *Maldita sea.* Ella había establecido su dirección y no era del tipo que se desviara fácilmente. Hacía que un Dom quisiera poner de manifiesto el flogger.



## CAPÍTULO 07

La cabeza de Rona descansaba sobre el hombro de Simon, y bajo su mano apoyada en el pecho de él, su corazón latía con golpes lentos. La habitación olía a sexo y a su colonia sutil. Cuando él la atrajo hacia sí, ella se lo permitió, necesitando ese confort como una barrera contra la progresiva sensación de pérdida que la atravesaba. El conocimiento de lo sola que estaría en unos minutos.

Cuando él la dejara ir.

Esto simplemente no tenía ningún sentido. Ella acababa de tener un buen... no, fantástico... sexo, pero ahora... Ella parpadeó para contener las lágrimas que picaban en sus ojos.

El brazo alrededor suyo se apretó, y su mano libre le acarició la mejilla.

—Muchacha...

—Tenemos que levantarnos, —ella lo interrumpió rápidamente, con voz ronca. Él sabía. Y ella no quería hablar sobre eso. Sobre nada.

Su mano se detuvo, y su pecho subió y bajó en un silencioso suspiro.

—Muy bien. Soy el anfitrión, supongo. —Le acomodó el pelo detrás de la oreja. —Pero hablaremos de lo que te está preocupando más tarde.

La suavidad y sin embargo, la determinación, en su voz le hizo arder los ojos de nuevo. ¿Por qué tenía que ser tan... tan perfecto? Maldito sea. Él ya la había arrastrado dentro de su deseo por él, a pesar de su promesa de encontrar a otros hombres primero. Nunca se había sentido así antes. *Yo pertenezco a este lugar*. La idea desencadenó su movimiento... se había sentido cómoda con su marido también, y mira en lo que había resultado.

Así que tal vez no había encontrado a Mark tan totalmente caliente, ni había sido tomada tan profundamente, ni se había corrido tan duro... dos veces... ni... Crom, ¿puedo llegar a ser más ilógica? Se incorporó y salió de la cama.

—Bueno, mmm, gracias por un grandioso momento.

Aún tirado en la cama, Simon puso sus brazos detrás de la cabeza y la observó con una tranquila mirada fija.

—Eres muy bienvenida.

—Voy a bajar ahora. —Ella necesitaba encontrar a alguien que la ayude a sacar su mente de este... hombre abrumador. Se puso la capa de Santa, deseando el maldito cinturón para mantenerla cerrada. Esperaba que su sujetador y tanga aún estuvieran en la sala de estar.

—Por hablar y tratar de irte sin permiso, serás multada con tu ropa interior, —dijo Simon, su tono de voz estable, sin una pizca de humor. —Puedes continuar usando el saco.

—Pero...

—¿Deseas perder el saco también?

Ella sacudió la cabeza. ¿Pero sin ropa interior? Miró hacia abajo. Oh cielos. Sus pezones se mantenían en un vívido rojo, y casi de color fluorescente, su clítoris todavía asomaba entre sus labios vaginales. Ella tiró de la chaqueta para cerrarla.

Simon se puso en pie. Sin hablar, abrió el abrigo y ahuecó sus pechos en sus manos. Ella le agarró las muñecas, luego bajó los brazos cuando su mandíbula se puso rígida. Sin piedad, bromeó



sus pezones hasta convertirlos en rígidos puntos, continuando hasta que sus dedos se curvaban en la alfombra.

—Ahora puedes volver a la planta baja. ¿Y, Rona? —Le inclinó la barbilla hacia arriba, obligándola a mirarlo. —Me gusta ver tus pechos y tu coño, y por esta noche, voy a permitir que mis invitados también participen de la vista. Así que si veo que sostienes el saco cerrado, te lo voy a quitar.

Su garganta se cerró ante la mirada de sus ojos. Oscura, posesiva... embriagadora.

—¿Qué me dices, sub?

—Sí, Maes... —*No, no, no. Él no lo es.* —Sí, señor.

Su boca se comprimió, y ella vio el músculo de su mandíbula flexionarse.

—Eso no es correcto, pero voy a dejarlo pasar por ahora. Creo que cambiarás de opinión, Rona, —dijo en voz baja, pasándole los dedos sobre los labios.

—No. No lo haré. —Se apartó de él y salió de la habitación. *No debo.*

Recordó los largos y aburridos años de conversación estúpida, de acostarse al lado de su marido, preguntándose donde incluso la pequeña pasión que habían compartido, se había ido, los tiempos cuando hacían el amor en la posición del misionero, y si Mark se sentía enormemente audaz... o había bebido un par de copas... por detrás.

Sin embargo, ella no podía borrar el recuerdo de la última hora, el implacable agarre de Simon, sus dedos bromeando a su clítoris hinchado. ¿Podría alguna vez el sexo con él ser aburrido?

Tal vez, tal vez no. Ella no podía... no debería... tomar la oportunidad. Se debía a sí misma tener una muestra de todo lo que una vida estando sola tenía para ofrecer.

El ruido de la fiesta explotó sobre ella cuando llegó al final de las escaleras.

Tomando un aliento, dejó las solapas de su saco abiertas... *maldito sea el hombre...* y fue en busca de alguna otra diversión.

Una hora más tarde no podía entender qué había pasado con ella. Los hombres eran maravillosos y agradables, y ella seguía diciéndoles que no. Debido a *Simon*. Tenía que irse. Estar cerca de él afectaba a su juicio, no había dudas.

En el camino hacia el toilette, pasó por delante de una escena en un rincón debajo de las escaleras. Ella miró y se detuvo.

Encadenada a un poste, una mujer con una bola-mordaza sollozaba violentamente, las lágrimas corrían por su rostro, mientras un gran Dom la golpeaba repetidamente con un bastón grueso. Furiosos verdugones carmesí cubrían todo el cuerpo de la sub.

La mujer vio a Rona, y a pesar de la mordaza, la palabra que dijo, “rojo”, se evidenció con la suficiente claridad. *La palabra de seguridad.*

El Dom la ignoraba. Rona no lo hizo, y levantó su voz para que todos en la zona pudieran oír.

—¡Rojo! Ella está diciendo “rojo”. Deténgase ahora mismo.

El Dom la miró por encima del hombro.

—Consigue el infierno fuera de mi escena, puta. —Y se volvió, preparado para golpear a su sub.



Rona dio un paso adelante, estaría condenada si iba a quedarse cruzada de brazos, cuando un brazo de acero alrededor de su cintura la giró hacia un lado.

—Mi trabajo, muchacha. Gracias por el aviso. —El Maestro Simon atrapó el bastón cuando estaba descendiendo y se lo arrancó al Dom. Rona se estremeció al darse cuenta que el Dom era más joven, más alto que Simon, y que lo superaba en por lo menos veinte kilos.

Él se volvió. Simon le dio un manotazo al fornido brazo hacia un lado, se adelantó, y enterró su puño en el intestino del hombre. El hombre hizo un sonido horrible y se dobló hacia adelante, apretándose el abdomen. Volviéndose un poco, Simon golpeó la cara del tipo con la rodilla levantada.

El crack de la ruptura de la nariz retorció el estómago de Rona.

Simon dejó que el hombre lamentándose cayera al suelo y miró a los invitados reunidos.

—Logan, ¿puedes empacar su bolsa, por favor? Jake, ¿lo sacas?

Jake asintió con la cabeza, el rostro rígido.

—Buen trabajo, amigo, —dijo Logan.

Haciendo caso omiso de los demás, Rona se dirigió a la sub. Le desató la mordaza de bola y comenzó con las restricciones. Un segundo después Simon se unió a ella, trabajando en el otro brazo.

Una vez desatada, la sub se derrumbó, salvada de una mala caída sólo por el brazo de Simon alrededor de su cintura. Tenía moretones por todo el cuerpo, y se sacudía tan fuerte que los dientes rechinaban.

Rona frunció el ceño por la piel fría debajo de su mano. Señaló a una sub de la multitud.

—Dame un par de mantas.

Se dirigió a otro elfo.

—Necesito una bebida caliente. Café, té, chocolate caliente... cualquier cosa.

—Sí, señora. —Esa sub corrió hacia la cocina, mientras la otra regresaba con una manta suave. Rona envolvió a la sub en la manta y siguió a Simon mientras la llevaba a la sala de estar. Aún sosteniéndola, él miró a su alrededor y dijo:

—Jake, ella necesita un cuerpo caliente.

Uno de los robustos hermanos había regresado. Tomó a la sub y se instaló en el sofá, acurrucándola en su contra y murmurando con voz cavernosa.

*Precioso.* Rona aceptó el té caliente de la sub que había enviado y probó el líquido con un dedo. Agradable y cálido. Después de sentarse al lado de Jake, sostuvo la taza en la boca de la sub.

—Bebe, cariño.

La sub ni siquiera parecía oírla.

La gran mano de Jake se cerró alrededor de la taza, y su voz se profundizó, oscureciéndose.

—Pequeña sub.

La sub se puso rígida en sus brazos.

—Bebe esto ahora.

Rona casi se encuentra a sí misma estirándose hasta la taza para obedecer la orden contundente.

En cambio, se sacudió el efecto, se levantó y observó a la sub beber el té obedientemente.



Cuando los temblores de la joven disminuyeron, dejó caer la cabeza contra el hombro de Jake, y él simplemente la acurrucó más cerca.

Simon envolvió una manta adicional alrededor de la chica, su rostro todavía tenía las líneas duras.

—Hablaré con ella más tarde acerca de la seguridad y las elecciones de Doms.

—Yo me encargo de eso, Simon, —dijo Jake. —Vi al idiota más temprano y no me gustó entonces. Tendría que haberlo observado con más cuidado.

—Y yo debería haber comprobado mi lista de invitados más cuidadosamente. Déjenme saber si alguno de ustedes necesita algo.

Al darse cuenta de que estaba mirando como una estúpida y que no había nada más para que ella haga, Rona comenzó a alejarse. Su interior aún se estremecía ante la violencia, más por la brutalidad del Dom que por el rápido e increíblemente elegante ataque de Simon. Sacudió la cabeza, recordando el puñetazo natural. Demasiado alto y oscuro y refinado como para ser *Chuck Norris*<sup>12</sup>, pero sin duda tenía los mismos movimientos. Y esa constante actitud de protección. Crom, eso la atraía como a un imán.

Maldita sea, ella seguía eligiéndolo en lo más profundo.

—Rona. —La resonante voz de barítono de Simon, a pesar de todas sus auto-advertencias, seguía provocándole estremecimientos, como si su cuerpo estuviera a ritmo con su tono.

Se dio la vuelta.

—¿Sí, señor?

Él se acercó a ella, parándose lo suficientemente cerca como para que ella pudiera oler su loción de afeitar y jabón ácido. Sentir su calor. Puso rígida la espalda y miró hacia arriba.

Sus oscuros, oscuros ojos todavía contenían un rastro de cólera. Luego sonrió, y todo en ella se calmó como si hubiera recibido el soplo de la primavera después de un largo invierno.

—Muchacha, lo hiciste bien. No sólo reconociste que la chica necesitaba ayuda, sino que la conseguiste. Y la ayudaste.

Ella se encogió de hombros.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—No, cariño. A ti te importa, y actúas. Con eficacia. Esa es una rara combinación.

Maldita sea, su aprobación no debería complacerla tanto. Ella ignoró el calor ardiente en su estómago y cambió de tema.

—¿Por qué no te sentaste con ella en lugar de dársela a Jake? Tú eres... —Reconfortante. Nadie podía ser tan reconfortante y seguro como el Maestro Simon.

—Jake no está involucrado.

—Entonces tú sí.

Sus ojos se arrugaron, y pasó un dedo por su mejilla, su mirada decidida.

—Yo rápidamente estoy comenzando a involucrarme.

---

<sup>12</sup> Chuck Norris es un actor estadounidense, campeón mundial de karate, ex militar y fundador de una asociación de karate.



—¡No! —La fuerte respuesta estalló de ella. —Yo no estoy involucrándome. No contigo ni con nadie. Yo voy a experimentar, a jugar y a disfrutar de todo tipo de hombres. No me voy a limitar a uno solo. Nunca, nunca más.

Se volvió rápidamente para escapar de su reacción y alejarse deprisa.

Simon se quedó mirándola desde atrás, medio inclinado a golpear su puño a través de algo. Tal vez una pared. Tal vez vería si aquel Dom idiota seguía fuera todavía.

—Bueno, ella dejó eso lo suficientemente claro. —A pocos metros de distancia, Logan tenía su brazo alrededor de su bonita y curvilínea sub, Rebecca.

—Sin lugar a dudas no tiene ningún problema en expresar sus pensamientos, —gruñó Simon.

Rebecca se echó a reír, empezó a hablar, y se contuvo. Ella miró a su Dom.

—Adelante, pequeña rebelde.

—No creo que ella estuviera tan molesta si no te quisiera, —dijo Rebecca. —Ella me recuerda... bueno, a mí. Profesional, un poco aturdida por las cosas del BDSM, pero atraída. —Ella sonrió. —He visto cómo te busca y te observa, y odia eso, pero no puede evitarlo.

Logan asintió con la cabeza.

—Ella definitivamente te quiere.

—Ya lo sé. —Simon frunció el ceño ante la puerta por la que su sub había huido. —Pero está dispuesta a desaparecer antes que enfrentarse a eso. —Su ex era un hijo de puta incompetente que había jodido su matrimonio con ella y la mantuvo allí hasta que ella se vio envuelta en una trampa. ¿Cómo superar eso?

—Puede insistir en que está buscando a otros hombres, pero no ha aceptado ninguna oferta en toda la noche, —dijo Logan. —Incluso Jake la tachó. Ella es tuya, mi amigo. No lo quiere admitir.

*Ella piensa que quiere un montón de hombres.* Simon se pasó la mano por su mandíbula.

Cuando Rebecca se inclinó en contra de su Dom, distraídamente se acarició su collar. Simon había estado en el club la noche que Logan le puso el collar. Rebeca había llegado por primera vez, queriendo comprobar si los otros Doms tenían el mismo efecto en ella que Logan.

Cuando Simon la había tocado, él había sabido que ella respondía al dominante en él, pero no al hombre... porque su corazón pertenecía a Logan.

¿Podría él tolerar lo que se necesitaría hacer para demostrarle a Rona lo mismo? ¿Observar a otro hombre dominarla? Y si arreglaba esto, él tendría que observar. Tal vez verla irse con otro hombre. Los músculos de su estómago se contrajeron como si se anticipara a un golpe de karate.

Logan frunció el ceño.

—Lo que sea que estás pensando se ve espantoso.

—Doloroso como el infierno, —murmuró Simon. —Probablemente no sea espantoso.

Él asintió con la cabeza a Logan y a su sub y se fue para asegurar la cruz de San Andrés.

Esto debía ser tan público como fuera posible.

Necesitando un momento para recuperarse, Rona fue a la cocina y bebió un vaso de vino. Al salir, vio al Maestro Simon limpiando la cruz de San Andrés. Era evidente que planeaba hacer una escena con una de las subs, y que... ¿por qué eso le importaba?... Bueno, no lo hacía.



Un lugar profundo dentro de su pecho comenzó a doler. Probablemente no era un ataque al corazón. Por desgracia. *Realmente tengo que irme a casa ahora.*

Una vez en el tocador, Rona comenzó a agarrar su ropa de calle.

La puerta se abrió detrás de ella, y la sub con el collar de Logan entró. La pelirroja sonrió y le dijo:

—Aquí estás. Te he estado buscando.

—¿Algo está mal?

—Bien. —La sub juntó las cejas —No exactamente, pero... Vamos. Te mostraré. —Sin esperar la respuesta de Rona, ella empujó su ropa dentro de la bolsa otra vez y la llevó a la salida. Por ser una sumisa, parecía terriblemente arremetedora.

—¿Es sobre esa pobre chica? —Rona se apresuró a ponerse al corriente. La pelirroja se movió increíblemente rápido, a través del vestíbulo y hacia la gran sala.

Ante la vista del Maestro Simon de pie junto a la cruz... sin ninguna otra sub allí...

Rona se detuvo y se volvió para retirarse.

—Rona, —espetó el Maestro Simon.

Sus pies se detuvieron en seco, sus manos se humedecieron, y su corazón daba esos molestos saltos hacia arriba y hacia abajo a ritmo con el Maestro Simon. Se dio la vuelta.

Él encorvó un dedo hacia ella. *Ven aquí.*

Una ola de ansiedad corrió a través de ella, pero sacudió cabeza.

—No voy a hacer una escena contigo.

—No conmigo. Ven *aquí*. —Alzó la barbilla sólo esa cantidad infinitesimal que fundía todos sus huesos y cada onza de resistencia en su cuerpo. ¿Cómo hacía eso?

Sintiéndose como una condenada en dirección a la horca, caminó hacia adelante.

—Bien. —Él le sonrió, pero la mirada de sus ojos era... diferente. Ninguna sonrisa se escondía en las profundidades.

—¿Qué pasa? —Ella susurró.

Con las manos en sus hombros, la empujó hacia atrás contra el marco de madera y levantó su brazo sobre su cabeza.

*Snap.*

—¡Hey! —Ella tiró de la muñeca que él había restringido sólo a la parte superior del brazo de la X.

Maldita sea, ella había olvidado que aún llevaba los puños. Ignorando sus luchas, él aseguró el otro brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Rona, tú insistes en que deseas una variedad de hombres, no sólo uno, pero no lo has llevado a cabo. Yo voy a permitirte experimentar la variedad que quieras.

El suelo parecía hundirse por debajo de ella. *¿Hombres? ¿Otros hombres?*

Antes de que ella pudiera reaccionar, él arrastró su pierna izquierda hacia afuera y abrochó el puño del tobillo a la parte baja del marco de la X. El tacto de sus manos callosas enviaba calor desplazándose rápidamente a través de su cuerpo.





—Maestro Simon... No. —Su voz salió débil. Totalmente ineficaz, teniendo en cuenta que él no se detuvo.

Sin hablar, ancló su otra pierna, y luego apretó las restricciones hasta que no se podía mover en absoluto, no podía hacer otra cosa más que contonear las caderas. Él la ignoraba mientras se volvía y levantaba la voz lo suficientemente alta como para repercutir por toda la casa. —Doms sin compromisos. He ubicado a una sub en la cruz para vuestro placer. Su palabra de seguridad es “Houston”. Cada Dom tendrá tres minutos para obtener una respuesta interesada de ella, utilizando las manos o la boca... no juguetes. Cualquiera que tenga éxito podrá eliminar sus restricciones y tomarla. Después de eso, ella vuelve a la cruz.

—Simon, —susurró ella. —No puedes...

—¿No es esto lo que dijiste que querías? —La mirada ineludible que le dirigió le dijo: *retráctate o cállate*.

*Pero...*

Le tocó la mejilla con la punta de los dedos.

—Mantén la calma, mascota. Voy a estar a un lado para asegurarme que nada se salga de control. Estás absolutamente segura para disfrutar de tu variedad de hombres.

*Pero...*

Y se alejó.

El aliento de Rona quedó atrapado dentro de su garganta hasta que se sintió como si acabara de ahogarse. La habitación se había vuelto silenciosa, permaneciendo sólo el áspero susurro de los latidos de su corazón en sus oídos. No podía dejar de tirar de los puños, pero él había hecho un buen trabajo al encadenarla arriba. Por supuesto que él lo haría. Maestro Fanfarrón Simon. Ella miró a sus anchas espaldas y se dio cuenta que sus mangas estaban abajo. No quería participar.

La decepción tenía un sabor amargo.

Ella apartó la mirada de él, sus ojos se agrandaron. Cada hombre soltero de la fiesta que había estado en la multitud de la sala de estar, todos la miraban con esa examinadora mirada dominante. Ella reprimió su primera tentación... gritar *Houston y sácame de aquí...* y trató de mantenerse racional.

¿Sólo que qué era racional respecto al sexo?

Pero este era su objetivo y exactamente el motivo de haber venido a la fiesta. Ella había querido entretenerse, pero en su lugar se había enfocado obsesivamente sobre el maldito-vete-al-infierno-Simon así que no había notado a ninguna otra persona. Bastante estúpido por parte de ella, realmente, sobre todo porque el Señor Me Estoy Involucrando, obviamente, no tenía ningún problema en entregarla a otros hombres. Su garganta se apretó, y ella tragó y tragó otra vez, tratando que el dolor se aleje.

*Supéralo, Rona. Este es el objetivo de tu lista de metas; atente al plan, chica.* Levantó la barbilla. Ella le demostraría a él cuánto iba a disfrutar de cada uno de estos tipos.

Y le agradecería por el banquete después.

Los Doms cortaron las tarjetas que recogían para ver quién iba en primer lugar. Uno tiró su carta de triunfo y se dirigió hacia ella. Altura media, treinta años tal vez. El sólido rubio se veía muy bien en sus pantalones de cuero y camiseta negra.

—Uh. Hola, —ella ofreció.



Los ojos azul hielo se encontraron con los suyos.

—Cállate. Cuando quiera hablar, te lo haré saber.

*Pfft.* Ella frunció el ceño. ¿Por qué su orden la tentaba a llamarlo idiota, pero la misma orden viniendo de Simon le habría enviado curiosos pequeños escalofríos por todo el cuerpo?

Él fue directo a matar, una mano ubicada sobre su coño y la otra en su pecho. Ella seguía estando sensible por las atenciones de Simon y el cupping, y le dolía cuando este idiota tiraba de su pezón. Cuando masajeó su clítoris, se encogió ante la seca incomodidad.

Cuando el Maestro Simon anunció:

—Tiempo, —ella dejó caer su cabeza hacia atrás por el alivio.

El Dom le dirigió una mirada fría y se alejó.

El siguiente era aún más joven, veinticinco años, y dulces ojos severos.

Tenía una amplia sonrisa cuando le dijo:

—Mmm, me gusta lo que hace la bomba de vacío.

La besó suavemente, y su mano rozó su pecho. *Muy agradable.* Ningún dolor en absoluto.

Se inclinó y succionó su pezón. Ella se echó hacia atrás, sólo que no había retroceso contra la incomodidad de la sensación. Su mano le tocó el coño y...

—Tiempo.

—Infierno. Eso no es suficiente. —Se lamió los dedos y gruñó. —Encuéntrame más tarde, dulzura, y continuaremos.

Ella le devolvió la sonrisa, sin prometer nada. Su toque había sido agradable, pero ¿dónde estaba la chispa?

—Mírame a mí. —La voz del siguiente Dom se deslizó dentro de sus pensamientos como un bisturí a través de un Kleenex.

Su mirada se disparó hacia arriba y dentro de los intensos ojos azules. El Dom llamado Jake.

—¿Dónde está la chica? —Preguntó Rona y se encogió. *No hables.*

Cuando sus ojos se arrugaron, él le recordó a Simon, sólo que su corazón permaneció estable en lugar de estar dando volteretas. —Una amiga de ella la llevó a su casa. Nos aseguraremos de que todo está bien.

—Oh, bien.

Su gran mano ahuecó su mejilla, y le inclinó la cabeza hacia arriba.

—Eres una hermosa sub, dulzura. Me gustas.

—Tú también me gustas, —dijo ella. Él había cuidado de esa pobres sub con tanta dulzura y...

—Mírame. Sólo a mí, chica. —El Dom con voz... áspera. Sus ojos se encontraron con los de él y fueron capturados. Su mano rozó sobre su pecho, deslizándose hacia abajo de su estómago, y avanzando lentamente hacia su monte. Y se dio cuenta que con cada hombre que la tocaba, disfrutaba cada vez menos.

Su boca se curvó.

—Esto es lo que yo pensaba, —murmuró y se inclinó para decirle en voz baja al oído, —Habría disfrutado burlando a ese precioso clítoris, pero parece que no vas a disfrutar del toque de nadie, excepto del de un Dom determinado.

Ella lo miró con consternación.



—No.

—Oh, sí. —Su mano se deslizó hacia abajo sobre su coño, y ella tuvo que obligarse a no alejarse. Haría esto para ella misma.

—Algunas pequeñas subs disfrutaban de una variedad, y algunas sólo disfrutaban de hombres especiales. Y algunas quieren sólo a uno. Sólo a su propio Maestro. —Sus dedos acariciaban suavemente su coño mientras apoyaba un brazo en uno de los montantes y hablaba con ella.

*Un maestro. Sólo uno. Maestro.*

—Debo decir, —dijo en voz baja, como si hablara sólo para sí mismo: —Yo solía pensar así también. Querer sólo a una. Pero lo he hecho, y es... Si no funciona... —Se encogió de hombros, y ella vio el ardiente dolor en sus ojos.

*Oh, cariño.* Su corazón se apretó. Renunciar al amor...

—No, Jake, sólo porque una vez no funcionó, no debes dejar de intentarlo.

—Tiempo.

Su mano presionó contra su clítoris, aún sin excitarlo, mientras rozaba un beso sobre sus labios.

—Rona, sólo porque una vez no funcionó..., —él le repitió lo mismo a ella, —...no debes dejar de intentarlo.

La mirada que le ofreció se deslizó a través de sus defensas, como el bisturí de un cirujano.

Simon cerró los ojos y suspiró. Si hubiera tenido que observar las manos de Jake sobre Rona durante un segundo más, habría roto algo. Con un buen control, ese algo podría haber sido la mesa, de lo contrario, la mandíbula del bastardo.

Su sub le había sonreído a Jake. Había hablado con él y no se había apartado. Con la mandíbula lo suficientemente tensa como para dolerle, Simon reseteó el pequeño temporizador de cocina y asintió con la cabeza al próximo Dom. ¿Cuánto más de esto él podía soportar?

Pero si ella realmente deseaba variedad, entonces él se encargaría de que lo consiguiera, aunque sus tripas se retorcieran en dolorosos nudos. Ella lo quería, él sabía eso, pero ella debería darse cuenta ahora... o nunca lo haría. Y si encontraba a alguien que la excitara... Simon cerró los ojos ante la puñalada de puro dolor, entonces eso sería todo. Nadie dijo que la vida tenía que ser justa, o que si caías duro por una mujer, ella debería devolver el favor.

Inhaló y se dispuso a sí mismo para aguantar un poco más.



## CAPÍTULO 08

Rona apretó los dientes y soportó el toque del próximo Dom sobre sus pezones. No era guapo, pero era más adulto y muy educado. Ella no sentía nada.

—Tiempo.

Ella consiguió un descanso mientras más Doms sacaban las tarjetas, y las palabras de Jake, sus propias palabras, seguían dando vueltas por su mente como una de esas melodías que no se iban. *Sólo porque una vez no funcionó...*

Había estado casada —involucrada— una vez. Sólo una vez en su vida. No había funcionado.

Y basándose en esa sola circunstancia, había decidido no correr el riesgo de involucrarse nuevamente.

Resolvió que necesitaba experimentar todo lo que se había perdido. Pero después de esta variedad de hombres... y enfrentándolo, cualquier mujer querría a un hombre como Jake... tenía que admitir que ella no sentía nada con ellos.

Sin embargo, una palabra del Maestro Simon enviaba pitidos y silbidos a través de ella como si su cuerpo se hubiera convertido en una vieja máquina de pinball. Y era algo más que excitación, él se *sentía* bien con ella. Como si ella le perteneciera a él. Así que ¿por qué se obstinaba insistiendo en querer más hombres?

¿Cuánto tiempo iba a seguir ignorando sus propios sentimientos?

Cuando el próximo hombre se acercó a su lado, ella lo miró a los ojos y dijo:

—Houston.

—¿Qué? —Él la miró boquiabierto.

—He terminado. Houston. Déjame bajar.

El Maestro Simon se acercó con ese merodeo, siempre equilibrado modo de andar suyo.

El Dom extraño le dijo:

—Ella dijo Houston.

—Lo he oído. —La mirada que Simon le dirigió a ella no sostenía ninguna expresión.

¿Estaba decepcionado de ella? Se mordió el labio y miró hacia otro lado mientras la duda se arrastraba dentro de su estómago y le enviaba fríos tentáculos a través de su pecho. Tal vez había decidido que esta era una buena manera de encontrarle otro tipo.

—La escena terminó, muchachos, —dijo Simon a los Doms que esperaban. —La sub agradece vuestro interés.

Rona asintió con la cabeza y trató de sonreírle a los hombres, sintiendo el temblor de sus labios. Sus ojos picaban. Ella había pensado que Simon la quería, pero por la manera fría en que la miraba ahora...

—Quiero bajar. —Su voz temblaba. *Quiero mi ropa, y quiero irme. Primero él me quiere, y luego no, y...*

Firmes dedos le agarraron la barbilla, levantándola.

—Mírame, Rona.

Ella miró por encima de él, por encima de su gran hombro. *No voy a llorar, no por este frío Dom que se da vuelta como un pez en tierra seca.*



Un suave resoplido de risa, luego, su voz baja.

—Mí-ra-me.

Sus ojos se levantaron a los de él y quedaron capturados y clavados dentro de su intensa mirada.

—Eso está mejor —murmuró. —¿Qué está pasando por ese inteligente cerebro tuyo, muchacha? —El cálido, acariciante tono la envolvió en calidez.

Ella trató de mover la cabeza y sus dedos se apretaron.

—Respóndeme.

—Pareces muy enojado.

—¿Y pensaste que estaba enojado contigo? —Una esquina de su boca se inclinó hacia arriba. — Cariño, ¿sabes lo difícil que fue observar a otros hombres tocándote? —Su pulgar le acarició los labios. —No he sido posesivo con una mujer durante mucho tiempo, pero tú me provocas eso.

Oh. El alivio brotó en ella como un manantial.

—No me gustaba que ellos me tocaran.

Sus labios se curvaron.

—Me di cuenta de eso, —dijo amablemente. Con el mismo movimiento que Jake, él inclinó el brazo junto a ella en el montante, obviamente dispuesto a escuchar todo el tiempo que ella quisiera hablar.

—Ellos me aburrían. —Tomó aliento. —Me aburría con mi esposo también. Lo atribuí a estar con un solo hombre.

Él inclinó la cabeza.

—Continúa.

—Aparentemente tener a más de un hombre no es la solución. —Ella le sonrió. El acumulado calor en sus ojos mostraba que él estaba esperando pacientemente a que terminara, y luego la tomaría. El conocimiento hizo que todo en su interior comience a hervir. —Tú no me aburres, Simon.

Su expresión se enfrió, enviando tanto ansiedad como excitación chisporroteando a través de ella.

—¿Quién?

La palabra de Jake “Maestro”, se deslizó en su mente y tembló dentro de su corazón, pero ella todavía no se atrevía a decirlo. —Señor —dijo a toda prisa.

—Eso está mejor. —Sus dedos pasaron a través de su cabello. —Por eso, te mereces una recompensa.

Corrientes de excitación zumbaron a través de su sistema. Sus pechos se estremecieron. Ni siquiera los había tocado, y ellos se estremecían. Este hombre, este Dom, era definitivamente el hombre para ella.

—¿Ah, sí?

—Estás en una excelente posición para ser azotada, —murmuró. Se humedeció un dedo e hizo círculos sobre un pezón. Cuando la humedad se enfrió, la areola se agrupó en un doloroso pico. — ¿Cómo se sentiría la punta de un flogger contra todo este tierno tejido?



Incluso mientras sus ojos se agrandaban, ella sintió la humedad entre sus piernas. Un rayo corrió hacia arriba de su espina dorsal.

—Sí, mira a esas mejillas ponerse rosadas, —él dijo, este Dom notaba todo.

Su mano se deslizó hacia abajo por el mismo camino que había hecho Jake, y con sus ojos negros la miraba con tanta intensidad que sólo su toque la hizo estremecerse. La acarició pasando por su montículo, a través de su creciente humedad, y hacia arriba para deslizarse sobre su sensible clítoris. La tocó firmemente, luego con suavidad, hasta que ella gimió. Sus caderas inclinándose hacia adelante. *Más.*

—No, no te correrás todavía. Ni incluso muy pronto, —le susurró, mordiéndole el lóbulo de la oreja. —Primero voy a tentarte con el flogger y con mi boca, y luego te tomaré, aquí mismo en la cruz, hasta que grites tan fuerte que ningún hombre en el lugar tenga dudas de a quién pertenece ésta sub. Y tampoco lo harás.

Ella se quedó sin aliento.

La sonrisa que brilló en su rostro hizo que su corazón golpeará antes de que él tomara sus labios en un beso devastador. Él ahuecó su pecho, todavía hinchado de sus atenciones anteriores, y los músculos en su barbilla se apretaron.

—Me doy cuenta que no quieres saltar dentro de ningún compromiso, pero es demasiado tarde, mi muchacha práctica.

—Pero... —Cuando sus ojos se endurecieron, sintió cada gota de resistencia drenar fuera de ella.

—Y mientras estamos involucrados, no estarás tomando muestras de ninguna variedad de hombres. —Destelló una sonrisa. —Sin embargo, te garantizo que no te dejaré aburrirte, así estemos juntos un año... o cincuenta.

A pesar de que ella sacudía la cabeza con un reflejo de protesta, se acordó de la señora comprando un juguete para Henry por su cuadragésimo aniversario. Era evidente que una relación no tenía por qué ser una trampa. Rona podría experimentar el mundo con un solo hombre.

Cuando Simon comenzó a remangarse la camisa, su boca se secó. Él dio un paso atrás, inspeccionando su cuerpo lentamente.

—Di: “Sí, Maestro”.

¿Ella quería darle más? ¿Darle todo? ¿Sólo porque él podía dominarla? Pero ella lo quería. Sólo a él. Sus ojos se empañaron, borrando todo menos su rostro... y sus ojos oscuros, donde la ternura era tan evidente como su poder de control. Él se preocupaba por ella. Oh, realmente lo hacía.

Su corazón dio un salto mortal dentro de su pecho, luego se restableció, un sólido peso de aceptación.

Era el momento de escribir un nuevo plan para los próximos cinco años.

Él pasó un dedo por su barbilla.

—¿Bien, muchacha?

—Sí. —Ella sonrió e inclinó su mejilla dentro de su palma. —Sí, mi Maestro.

**FIN**